

**CAMINOS Y PISADAS**

**CARLOS HERNAN LOPÉZ MAYA**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2021**

**CAMINOS Y PISADAS**

**CARLOS HERNAN LOPÉZ MAYA**

**Trabajo de grado**

**Asesor:**

**Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2021**

“Las ideas y conclusiones planteadas en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

## NOTA DE ACEPTACIÓN

---

---

---

---

---

---

Presidente del Jurado

---

Jurado

San Juan de Pasto, enero\_\_\_\_\_de 2021

## **AGRADECIMIENTOS**

El autor desea expresar sus agradecimientos:

A hermanos y familiares, que me acompañaron en todo momento.

A Santiago Enríquez, por sus bellas ilustraciones y su amistad sincera.

A Ana Daniela Caicedo, por animarme en todo momento, a pesar de la distancia.

Al magister Gonzalo Jiménez Mahecha, mi asesor.

A la Universidad de Nariño.

A la muerte, para que me espere desnuda en  
medio del camino y de piernas abiertas.

A esos amores amargos y crueles, que llevan  
a escribir y pedir ayuda, pero, a pesar de todo,  
valen la pena.

## RESUMEN

La importancia de la escritura, como espacio de desarrollo creativo, vincula la libertad de nombrar escenarios ficticios, donde se recrea la imaginación. Así, la creación literaria, de relatos cortos, desemboca en la condición de profundizar sobre aspectos histórico-vivenciales y no vivenciales, que marcarán el transcurso de la existencia.

La necesidad de la creación de *Caminos y pisadas* lleva a entender cómo personajes pasados y presentes se pueden vincular con un paisaje montuno y campestre, que se reconoce como propio, del que se pretende adueñarse y dar una perspectiva más honda del contexto en el que se desenvuelve la creación literaria.

En la elaboración del trabajo literario, la palabra es la fuerza motriz que organiza y crea los sueños, adormecidos en el interior de quien escribe; un escritor se propone desdeñar los espacios perdidos y mostrar al lector la diversidad y el sinfín de posibilidades que se le pueden presentar, si recurre a la creación literaria. Es necesario que los lectores estén dispuestos a hallar su propia intención a partir de lo que dice el relato, lo cual puede ser de gran importancia a la hora de retroalimentar un sinfín de posibilidades, que permiten mejorar los aspectos educativos, tanto institucionales como personales, desde un enfoque crítico.

La creación literaria es de gran importancia para el desarrollo de la educación, puesto que permite vincular al estudioso con los escenarios de la escritura y la lectura al mismo tiempo, para llevarlo a ser partícipe, de forma directa, de la capacidad creativa.

**Palabras claves:** comunidad, incertidumbre, muerte, narración, relato, trama.

## ABSTRACT

The importance of writing, as a space for creative development, links the freedom to name fictitious settings, where the writer recreates the imagination. Thus, literary creation, of short stories, led to the condition of delving into historical-experiential and non-experiential aspects, which will mark the course of existence.

The need to create *Caminos y pisadas* leads us to understand how past and present characters live in a hillbilly and countryside landscape. This landscape is its own and there is a desire for recognition to give a deeper perspective of the context in which literary creation operates.

The word is the driving force that organizes and creates dreams, dormant inside the writer who makes the literary work. This writer tries to disdain the lost spaces and show the reader the diversity and endless possibilities that open up to him, if he resorts to literary creation. The readiness of the readers is necessary to try to find their own intention from what the story says. This can be very important to provide feedback on endless possibilities, which allow us to improve educational aspects, both institutional and personal, from a critical perspective.

The literary creation is very important for the development of education, since it allows linking interested people with the scenarios of writing and reading at the same time. Thus, they will be able to participate, directly, in the creative ability.

**Keywords:** community, death, narrative, plot, short story, uncertainty.



## CONTENIDO

	Pág.
PRESENTACIÓN	11
RELATOS: DE LA EXPERIENCIA A LA ESCRITURA	11
ESCRITURA COMO FORMACIÓN	14
EL ESPACIO: UN MEDIO PARA RE-CREAR	19
BIBLIOGRAFÍA	21
CAMINOS Y PISADAS	23

## LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. El pasado no perdona	25
Figura 2. Mal de ojo	35
Figura 3. En los caminos también se ama	44
Figura 4. La muerte de Milton Rata	50
Figura 5. Perro muerto	55
Figura 6. Los espantapájaros no van al cielo	61
Figura 7. El Año Viejo malicioso	69

## PRESENTACIÓN

*Caminos y pisadas* es un trabajo enmarcado en la creación literaria, con el propósito de crear una serie de relatos que parten de la observación de la realidad y de la propia experiencia. De esta forma, se desea resaltar y poner de manifiesto al ser humano, que vive siempre en esa inquietud de saber qué hay en el camino, lo que pasará el día de mañana, por lo que se olvida de lo que es en el instante; por lo tanto, no percibe lo que se le presenta en el momento; es decir, no vive o no está en sí mismo. El escritor es alguien que se encuentra en sí mismo, encuentra en el camino el motivo para escribir, sensibiliza su existencia y su realidad para cambiarlas por palabras, recrear el mundo a partir de su meditación y contemplación; plasma los colores a su antojo, tal cual los siente; es un amante del papel y la tinta y, como ama, no renuncia, descubre lo que los demás nunca ven o, como lo indica María Zambrano, en el caso de “la poesía es un oír el silencio y ver en la oscuridad”<sup>1</sup>

El escritor muchas veces convive con el dolor que lo marca y hace de ese dolor una escritura que lo libera, hace de la escritura un estilo de vida, la precisa para reafirmarse, reconstruirse y mantenerse. De esta forma, la escritura se convierte en reconstrucción y afirmación de la vida; el escritor de poesía, el escritor de experiencias, trata de desatarse de su dolor para encantar a alguien que por ahí se le cruce.

Todos saben que escribir es plasmar, mediante signos gráficos, sonidos articulados que, entrelazados de acuerdo con las normas de una determinada lengua, constituyen palabras, frases y oraciones dotadas de significados y portadoras de mensajes. De hecho, la escritura es un soporte físico y visual de pensamientos, de sensaciones y sentimientos. Debido a la escritura, se puede exteriorizar y contemplar, hasta cierto punto objetivado, el fondo más profundo de las vivencias interiores.<sup>2</sup>

### RELATOS: DE LA EXPERIENCIA A LA ESCRITURA

La experiencia es aquello que pasa o acontece en un marco espacio-tiempo; de esta forma, todos y cada uno de los sucesos quedan enmarcados en la piel, en la psiquis, como un recuerdo y, entre más significativo, más se encontrará encarnado en la propia realidad. De este modo, esas experiencias, que han marcado en lo más profundo, cobran mayor sentido y, por tanto, de aquí surge el acto de poder crear, hacer de ellas una obra de arte para otro, y no tanto para que conozcan la historia del escritor, sino para interpretar las múltiples realidades que un cuerpo puede sufrir. En este caso, la escritura representa uno de esos momentos claves para la constitución de los sujetos, es la posibilidad de educar y pensar a través del ejercicio de la palabra reflejada en el papel, como un constructor de posibilidades y modificación de sí mismo. Este ejercicio incluye lectura, meditación, escritura y re-escritura, para relacionar

---

<sup>1</sup> María Zambrano. *Filosofía y poesía*. México: FCE, 1939, p. 110.

<sup>2</sup> José Antonio Hernández. *El arte de la escritura literaria*, p. 27. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmccr6f8>

lo que se piensa, lo que se siente y lo que se vive, para que pudiera servir para sí mismo y para los otros, en forma de recuerdo y como un proceso de reconstrucción de la realidad.

Una experiencia es algo de lo que se sale transformado; si se tuviera que escribir un libro para comunicar lo que ya se ha pensado, nunca se tendría fuerza para comenzar. Se escribe porque no se sabe aún qué pensar acerca de un tema que despierta interés. Al hacerlo, un libro transforma, cambia la forma de pensar; en consecuencia, cada nuevo trabajo modifica profundamente los términos de pensamiento a los que el escritor había llegado con el anterior: “cuando escribo, lo hago sobre todo para cambiarme a mí mismo y no pensar más lo mismo que antes”.<sup>3</sup>

A la experiencia la conforman un tiempo existente de un antes y un después de esa experiencia; de esta última, el cambio es inminente; es decir, aquel que vive la experiencia es otro, sale transformado; en este proceso de transformación, cambia la forma de ver las cosas, cambia su subjetividad, aquello que es, lo que siente, aquello por lo que se mide, evalúa y dice. De tal forma, ante estas circunstancias todo ser vivo, incluso aquel al que lo poseen la razón, las emociones y sentimientos, siempre estará expuesto al cambio; por lo tanto, lleva a pensar y a pensarse de forma diferente a como lo venía haciendo.

Una experiencia es constitutiva de lo que cada uno es, lo cambia, lo transforma; de ahí en adelante, no puede seguir siendo lo que era. Si bien el filósofo no aclara si una experiencia se puede vivenciar más allá de la escritura, se puede entrever que es una cierta “acción voluntaria”, algo que se puede buscar; no es algo que acontece sin que se lo pudiera evitar.<sup>4</sup>

De esta forma, el simple hecho de existir ya convierte a cada quien en un ser impregnado de experiencia; algunos serán aquellos que se atrevieran a sentir cada paso que recorren para convertirlos en arte; para otro, puede ser que estuviera dispuesto a leer con la misma intensidad y, a su vez, con la misma suavidad que requiere descifrar códigos que solo el autor propone. Ante esta situación, el lector solo va a interpretar la experiencia de otro, pero, a su vez, se está impregnando y llevando a cabo su propia experiencia a partir de una historia que le narra un agente externo a su realidad; por el hecho de encontrarse con un libro, ya se expone al cambio, porque ahí hay muchas razones y sentimientos que pueden trastocar y desestabilizar la vida de cualquier ser humano.

Una experiencia es, por cierto, algo que se vive en soledad, pero solo puede consumarse plenamente si se logra evitar la pura subjetividad o, en la medida en que otros puedan, si no recorrerla con exactitud, al menos entrecruzarse con ella, podrían recruzarla.

De esta forma, la creación literaria, en un primer plano, se considera como un hecho individual, pero, ya puesta en escena, se convierte en un hecho colectivo; así, la literatura se convierte en un medio importante dentro de la sociedad para constituir encuentros

---

<sup>3</sup> Duccio Trombadori. *Conversaciones con Foucault*. Buenos Aires: Amorrortu, 2010, p. 42.

<sup>4</sup> Juan Andrés Salinero. El concepto foucaultiano de experiencia en la Filosofía con niños. IX Jornadas de Investigación del Departamento de Filosofía, 28-30 de agosto de 2013, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en: <http://jornadasfilo.fahce.unlp.edu.ar/ix-jornadas/actas-2013/a79.pdf>, p. 2

interculturales, donde cada autor y cada lector encarnan una figura cultural de interpretación y conocimiento de un otro.

La experiencia del lenguaje, que va a exponer una experiencia, que cambia a cada uno, es una experiencia de la escritura; es decir, del lenguaje, de aquello que se puede expresar, decir, compartir con otros.<sup>5</sup>

La escritura misma va a permitirle al ser humano salirse de su propio yo, de su yo objetivo, y devenir un yo subjetivo, un yo que se dejase afectar por las palabras, pero, a su vez, se dejara afectar de su experiencia para que pudiera crear y que esta creación resultara comunicable y transformara a los otros.

La escritura no necesita de aceptación; simplemente, ella misma se instaura, al estar sola y sentir todo a la vez. El escritor, mientras este envuelto por las palabras, por la escritura, se encuentra a sí mismo y ya no querrá salir de ese mundo, ya que, al escribir, se establecen vínculos, se convierte en parte de su vida, de su ser, en que se agranda y se encuentra en ella una paz interior, además de un placer de no callar lo que se tiene atravesado.

Otra de las potencialidades que tiene este concepto es que permite pensar en una “experiencia” o un hecho que cambiara a cada uno: que transformara la forma de pensarse, de sentirse, de evaluarse, de mirarse, de decirse. Estas experiencias permiten ampliar los horizontes de comprensión, de miradas, de vida; abren la posibilidad de ser otra cosa, de pensar más allá de cualquier limitación.<sup>6</sup>

A la hora de expandir nuestra mirada y sensibilizar la realidad lo que se hace es una investigación exhaustiva y entonces se permite narrar, contar y escribir lo que nosotros observamos a partir de nuestra subjetividad, pero esta experiencia no existe por fuera de tal puesta en narrativa; es allí, en ese terreno en el que la experiencia tiene lugar como acontecimiento en un ejercicio mimético que abre a lo ficcional.

El acto mimético como recurso y entrada fuerte a la creación literaria expresa Paul Ricoeur como un conjunto de narraciones retrospectivas que se proyectan en el presente y en los posibles escenarios futuros. En ese momento el acto creativo del escribir le proporciona vida al texto y a la realidad misma; convirtiéndola en acto de investigación, conocimiento y racionalidad.

De lo que se tratara aquí es de mostrar como el sentido de lo que somos o, mejor aún, el sentido de quien somos, depende de las historias que contamos y que nos contamos y, en particular de aquellas construcciones narrativas en las que cada uno de nosotros es, a la vez, el autor, el narrador y el carácter principal de las auto-narraciones o historias personales.<sup>7</sup>

La creación y la lectura literaria, como experiencia estética, son nociones cuya resignificación supone la transformación de las prácticas de enseñanza desde una perspectiva

---

<sup>5</sup> Salinero, Art. cit., p. 3.

<sup>6</sup> Ibíd., p. 4.

<sup>7</sup> Jorge Larrosa. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México: Fondo de cultura económica, 2003, p. 607.

interpretativa que reconociera las particularidades del sujeto como ser individual y colectivo, en un contexto histórico-cultural que establece sus ideas y representaciones de la realidad en una hoja en blanco, que se va a convertir en una herramienta importante como sujeto de formación.

El escritor, al ser una entidad sensible, convive con el dolor, no trata de evitarlo, pues el dolor siempre se encontrará, puesto que la vida está llena de matices, de opuestos, que generan desequilibrio; ante ello, lo que le permite expresar y se le brinda es la oportunidad para volver a vivir y transformar su realidad o su experiencia en otra posibilidad, que fuese más agradable o más desgarradora.

Para describir bien solo basta con observar con frialdad y precisión. Ver, oír, palpar, oler, son características que el escritor debe reunir; con ellas debe percibir sensaciones y, luego, plasmarlas eficazmente; debe captar la delicadeza de los colores con el vigor del pincel, matizarlos, condensarlos, fundirlos; debe formar, pues, un conjunto vivo, cuya descripción solo podría captar partes aisladas y muertas.<sup>8</sup>

Una vida tranquila sería tediosa; una vida sin aventura sería poco placentera; por lo tanto, es necesario el desconcierto para sacudirse un poco y reafirmarse; a partir del caos, el ser humano debe volver a caer, debe estar en esas constantes caídas y subidas, pues, de esta forma, el hombre entra en la compuerta de la vida, el hecho de sentirse vivo, ya que así es posible la creación; encontrar un sentido al porqué escribir, debido a que se trata de llevar a que la vida fuera una obra de arte, conocerse, pensarse, asistirse, conducir su propia vida, pero no solo se trata de un cuidado de sí; también, que fuese un respeto y un cuidado del otro, porque solo al conocerse se puede llegar hasta el otro.

## **ESCRITURA COMO FORMACIÓN**

Una de las formas de comunicación, de adquirir saberes y poder reconstruir el conocimiento se da a partir de la escritura, como una forma de reflexionar a partir de lo que cada uno es y lo que el medio le proporciona.

Hoy en día, se ha tratado de abandonar la concepción de la enseñanza-aprendizaje de la escritura como un producto en el que interesa la ‘buena letra’, la ortografía y la puntuación, sin que se prestase atención al proceso por el que pasa el escritor para plasmar sus ideas; se obvia, de esta manera, toda disposición hacia la composición de un texto escrito coherente, con un propósito definido y para un destinatario real.<sup>9</sup>

El hecho de escribir lleva a tratar de buscar ideas, seleccionar el género, organizarlas, redactar, revisar, pensar en el destinatario, re-leer y re-escribir, para que se adecúe a lo que se quiere comunicar; de esta forma, el oficio de escribir no es una labor sencilla; no solo se

---

<sup>8</sup> Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon. El arte de escribir. *Casa del tiempo*. Vol. 8, Época 3, No. 88 (2006), p. 1. Disponible en: [http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/88\\_may\\_2006/casa\\_del\\_tiempo\\_num88\\_88\\_89.pdf](http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/88_may_2006/casa_del_tiempo_num88_88_89.pdf).

<sup>9</sup> Josefina Peña González. La escritura en la formación docente. *Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales*. No. 6. (2001), p. 3. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/652/65200605.pdf>

necesita tener conocimientos; escribir requiere mucho más, como tener destreza y conectar la mente con las emociones, para que las palabras salieran tal cual el escritor las quiere plasmar, porque el hecho de escribir se refiere a tratar de desnudar el alma y eso no se logra con todo el conocimiento técnico, histórico, etc. Se necesita una conexión interna, espiritual, que llegase a transformar primero al escritor y, luego, al lector; escribir es una transformación del ser.

La literatura no es el lenguaje que se identifica consigo mismo hasta el punto de su incandescente expresión; es el lenguaje que se aleja lo más posible de sí mismo; y si este ponerse “fuera de sí mismo”, pone al descubierto su propio ser, esta claridad repentina revela una distancia más que un doblez, una dispersión más que un retomar los signos sobre sí mismos. El “sujeto” de la literatura (aquel que habla en ella y aquel sobre el que ella habla), no sería tanto el lenguaje en su positividad, como el vacío en que se encuentra su espacio cuando se enuncia en la desnudez del hecho de “hablar”.<sup>10</sup>

En el campo de la formación es importante inculcar la escritura, ya que el estudiante se convierte en un ser de investigación y, a su vez, en un ser sensible, lo que le permite llegar a crear su propia realidad; de esta forma, el docente es un guía, un formador, pues en estos encuentros se establece un cambio de paradigma en la formación del docente, encaminado a permitir que accediera a bases teóricas que sustentasen su práctica pedagógica, en lo que al proceso de enseñanza-aprendizaje de la escritura se refiere y ayudarlo a construir el conocimiento que necesita para desempeñar con eficacia su labor o, lo que es lo mismo, proporcionarle una formación en el saber como investigador.

El futuro docente asume una postura favorable ante la docencia y ante la vida, aspecto que correspondería a su formación en el ser. La teoría y la práctica se relacionan íntimamente; orientar al futuro docente para que las conjugara y pusiera en práctica es labor impostergable del formador de formadores; este aspecto se relaciona muy de cerca con la formación en el hacer, lo cual le permite acceder a pautas para que fuera —en su aula de clase— investigador, evaluador, planificador, aprendiz, observador y, fundamentalmente, facilitador del aprendizaje de sus alumnos.<sup>11</sup>

De alguna forma, la formación del docente es un proceso de desarrollo individual, encaminado a adquirir o perfeccionar capacidades de sentir, transformar y formar en el ser, pero, también, la capacidad de actuar; es decir, una formación en el hacer, imaginar, comprender, aprender toda acción organizada que pretendiera provocar una reestructuración profunda en el modo de pensar y actuar de la persona, para terminar en una formación en el saber, como la principal causa que afecta las diferentes formas de pensar, de percibir, de sentir y de comportarse en una sociedad. Muchas han sido las exploraciones y los estudios que han reconocido esta nueva forma de ver la formación docente y de acceder a una teoría para orientar el trabajo de aula, con un estudiante activo, arquitecto de su propio aprendizaje y no solo receptor y repetidor de los conocimientos que posee el docente.

---

<sup>10</sup> Michel Foucault. *El pensamiento del afuera*. Valencia: Pre-textos, 1997, p. 5.

<sup>11</sup> Peña González, Art. cit., p. 4.

La enseñanza de la escritura no escapa a este cambio. Se conoce bien que los resultados de las investigaciones de Ferreiro y Teberosky abrieron nuevas posibilidades para la comprensión del proceso por el cual pasa el niño en su adquisición de la lengua escrita y permitieron ver que los errores que comete el aprendiz son parte fundamental del carácter de ese aprendizaje.<sup>12</sup>

Una de las únicas formas de incursionar en el gusto y perfeccionar en la escritura es escribir ensayando y ensayar escribiendo, lo que puede representar no solo formas novedosas de comprender los campos teóricos comprometidos en la investigación educativa y pedagógica, sino, lo más importante, la transformación de los sujetos comprometidos.

En el trabajo *La lectura literaria como acontecimiento para la formación de lectores y escritores en la escuela de Oviedo*, García y Gutiérrez que, a su vez, citan a *Leer para sentir. La dimensión emocional de la educación literaria*, Álvarez se refiere a una parte importante respecto a cómo la literatura se convierte en una experiencia estética, tratada desde lo emocional. La literatura se convierte en un espacio de reconocimiento de sí mismo y del otro, en que se crea un encuentro entre la escritura y la lectura y, a su vez, se generan una reflexión, un diálogo entre el lector y el autor, entre el lector y los personajes; es decir, un espacio en que interactúan con otro desconocido, para llevar a compartir distintos momentos; se genera una afectación y autoconstrucción del sujeto, en que las emociones y los sentimientos afloran, para afectar tanto al docente como a los estudiantes; con esta experiencia, se crearán estrategias de lectura que permitieran interpretarla teniendo en cuenta, en principio, las emociones; de esta forma, se humaniza a un grupo social.

A la hora de enseñar sobre un determinado saber, debe existir una preparación previa, pero no solo esto es importante, sino una interiorización de esa ciencia en la vida cotidiana; se debe ser lectores de una realidad que no es ajena a cada uno.

Ahora, ser lector no es la única habilidad que se debe desarrollar para, luego, buscar ser promotor de las habilidades del lenguaje en los estudiantes; también, existe una suma de importancia y que se tiene descuidada, ya fuese por la carencia de cultura en este ámbito o por la dificultad que esta misma labor exige, que es la escritura, que resulta una labor igual de básica que la capacidad lectora, que incluso va relacionada con la primera y que se complementa como empeños aliados dentro del lenguaje y como funciones sociales de alto nivel.<sup>13</sup>

La educación tiene como finalidad participar de dinámicas de construcción social; ya no será transmitir verdades y conocimientos, como se venía haciendo; ahora, el estudiante debe poseer un pensamiento crítico y creativo para que se convierta en una práctica propia, una práctica vivencial.

---

<sup>12</sup> Ibíd., p. 5.

<sup>13</sup> Oscar Felipe Ortiz Benavides. *Sobriaguez*. Pasto, 2013. Trabajo de grado (Licenciatura en Filosofía y Letras). Universidad de Nariño, Facultad de Ciencias Humanas, p. 12. Disponible en: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=89801>



La educación es una forma de liberación, en la que se puede dejar a un lado la subordinación y empezar a pensar por sí mismo; la educación es la única opción que abre puertas, crea soluciones, da la oportunidad para salir de la minoría de edad y constituir criterios y crear discursos capaces de cambiar la realidad. De este modo, la creación literaria se muestra oportuna en la elaboración de unos relatos, que ayudan a procesos de formación docente; la escritura como un incentivo, como una fuerza; es decir, una escritura como práctica de los sentidos, de emancipación, de vida y de curación. Así, la imaginación, con la cognición y el sentimiento, se convierten en campos sobre los que es posible educar en lo literario y, por ende, evaluar las creaciones literarias.<sup>14</sup>

No se trata de mostrar o de producir oraciones y párrafos cohesivos, sino, a partir de ellos, relacionar la coherencia de los textos con estos ámbitos propios de su producción, de su creación; entender la conciencia como construcción de conocimientos sobre el mundo real a través de la ficción, la afectividad, como expresión del individuo y las relaciones intersubjetivas que se cruzan en la búsqueda de la condición humana y social; la imaginación en la creación de mundos posibles, que examinaran e intentaran atrapar al lector en el uso creativo del lenguaje, que pretende encantar la atención de aquel que lee y configurar la satisfacción de la creación.

El hecho que ha originado lo que en un sentido estricto se entiende por “literatura” no pertenece al orden de la interiorización más que para una mirada superficial; se trata mucho más de un tránsito hacia el “afuera”: el lenguaje escapa al modo de ser del discurso —es decir, al dominio de la representación—, y la palabra literaria se desarrolla a partir de sí misma, para formar una red en la que cada punto, distinto de los demás, a distancia incluso de los más próximos, se sitúa en relación con todos los otros en un espacio que los contiene y los separa al mismo tiempo.<sup>15</sup>

La escritura, la literatura, la poesía, el arte, son prácticas que permiten vulnerar y fisurar la pesada realidad; la escritura, como juego literario, permite dar un giro a lo que se presenta como auténtico, y más en la escritura creativa, que se ha originado mediante el disgusto o la desobediencia, donde se rompen esquemas establecidos para crear nuevas formas de realidad y posibilidad literarias.

Para escribir es necesario que la llama del corazón fuera una luz del ingenio. El alma, al recibir simultáneamente estos dos impulsos, no puede sino encauzarse hacia el tema elegido: lo alcanza, lo apresa, lo abarca y solo hasta cuando ha disfrutado de él está en posibilidades de llevar a que otros también lo disfrutasen mediante la expresión de los pensamientos.<sup>16</sup> Existe una relación entre lo desconocido y el ser consciente de un riesgo inminente que lleva por ese delicado y dulce sabor amargo para conversar y desdoblarse sin saber qué vendrá luego; de esta forma, ya no hay vuelta de hoja. Como dice María Zambrano: “el poeta no

---

<sup>14</sup> Alirio Sneider Saavedra. Evaluación de la creación literaria: de la racionalidad técnica tradicional al enfoque crítico, formativo y artístico. *Enunciación*. Vol. 15. No. 1 (2010), p. 13. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3661646> p 13

<sup>15</sup> Foucault, Op. cit., p. 5.

<sup>16</sup> Conde de Buffon, Art. cit., p. 1.

quiere salvarse; vive en la condena y, todavía más, la extiende, la ensancha, ahonda. La poesía es realmente el infierno”.<sup>17</sup>

La obligación del ser humano en este mundo es darle a su existencia lo que se logra a partir de la creación; el ser humano debe convertirse en un artista y en su propio creador, pues, de esta forma, se crea un mundo de sentido; la escritura es arte, ya que accede a una construcción del ser cuando se encuentra desolado en la vida. Siempre se ha comparado a la poesía con la pintura, pero no se ha propuesto que la prosa pudiera pintar mejor que la poesía... El poeta se ve obligado a desechar, en contra de su voluntad, palabras, que dan imágenes precisas, solo porque tienen una sílaba de más o de menos; el prosista las puede utilizar a todas en su provecho.<sup>18</sup>

De esta forma, escribir se convierte en purificación y, así como la creación también es regeneración y reconstrucción de sí, en los momentos de naufragio y soledad el acto de escribir es un medio de curación para el alma y de allí se origina una transformación; de este modo, la escritura permite producir un momento de encuentro, de desencuentro, de exploración, de saber y de transformación, por lo cual el escritor aprende por medio de la retroalimentación que se genera en el diálogo argumentado y crítico plasmado a través de la propia escritura, donde reconoce nuevos horizontes de sentido para sus conceptos y conoce y mejora la complejidad de su práctica de escritura. En esta acción comunicativa, ambos sujetos trabajan de forma intersubjetiva, tanto el escritor como el lector, vinculados en un diálogo subjetivo, para colaborar con el aprendizaje y construir conocimiento; es decir, ambos buscan aprender, reconocer dificultades por superar, el modo de resolverlas y las estrategias que se ponen en la actividad.

Entonces, la evaluación propicia el conocimiento y el aprendizaje de todos sus participantes, (tanto de quien escribe como de quien lee) para constituirse en una actividad crítica, pues se asume que a través de ella se construye conocimiento.<sup>18</sup>

La creación literaria se piensa como construcción narrativa de la realidad, en tanto proceso de subjetivación de lo real, que consiste en construir la experiencia del mundo mediada por la subjetividad. De esta forma, el proceso de escritura humaniza la realidad y, a su vez, humaniza al ser humano, los renueva, al intercambiar posibilidades de los sujetos (sus mundos posibles), más aún cuando se reconoce en esta disposición compleja una intencionalidad estética que la diferencia de otros discursos. Así, el escritor debe ser quien entrara y escapara en su mundo a través de la escritura y realizara un estudio minucioso de autoconocimiento.

Por esta razón, la evaluación de este proceso de enseñanza-aprendizaje escapa de la racionalidad técnica y su evaluación tradicional debido a que se refiere a un “bien simbólico”, difícilmente medible, ajeno a pretensiones tecnicistas y cuyo propósito es formativo: posibilitar herramientas y espacios para una creación literaria que, en tanto expresión de la

---

<sup>17</sup> Zambrano, Op. cit., p. 33.

<sup>18</sup> Conde de Buffon, Art. cit., p. 2.

<sup>18</sup> Saavedra, Art. cit., p. 7.

subjetividad, atribuyera significados al mundo, constituyera modos diversos de concebir la realidad.<sup>19</sup>

De otra forma, se debe poner en marcha y entender que cuando se refiere al texto, se está refiriendo, de algún modo, a un cuerpo, como alguien que posee vida, y a esta condición la da la posibilidad entre argumentación y poiesis. Su transformación creativa se proporciona por invadir la vida, por una poiesis que sacude el universo en ideas, para abrir el espacio de lo imaginario, que desconcierta el orden establecido. La escritura fantasea con llenar de vida un delicado cuerpo, seducido por el afuera, en que el propósito es resignificar la escritura por medio de una escritura propia (relatos), donde se pretende, de entrada, problematizar y llenar de otros sentidos a la realidad.

## **EL ESPACIO: UN MEDIO PARA RE-CREAR**

En la escritura, el espacio es de vital importancia ya que en él se muestra y se narran las acciones que ocurren; dentro de un espacio, el autor expresa su forma de sentir y de actuar ante el otro, pues así ese espacio es algo externo, es otro, que se vulnera y se hace parte del escritor, que descifra sus matices, sus olores y colores, que él mismo le ofrece; es un intento de atracción hacia él y sobre el que se puede hablar, recrear y transgredir. Dicho de otro modo, la atracción no tiene algo distinto que ofrecer más que el vacío que se abre continuamente con los pasos de aquel al que se atrae, más que el abandono que recibe como si él no estuviera allí, más que el silencio demasiado insistente como para que se le resistiera, demasiado equívoco como para que se le pudiera descifrar y darle una interpretación definitiva; nada que ofrecer más que la señal de una mujer en la ventana, una puerta batiente, las sonrisas de un portero a la entrada de un lugar ilícito, una mirada abocada a la muerte.

De esta forma, en el espacio existen cosas que se tornan invisibles a los ojos de cualquier ser humano; por este motivo, se necesita estar atento, ser muy sensible a su carácter, pues siempre el espacio habla y el escritor es aquel que puede ser capaz de comprender y dejar que él hablase por sí mismo, por lo cual el papel de la ficción no consiste en tratar de llevar a ver lo inexistente e imaginario, sino llevar a ver hasta qué punto lo inexistente es invisible a la visibilidad de lo invisible; por ello, su conexión profunda con el espacio.

Se extrema la dificultad de proveer a este pensamiento de un lenguaje que le fuese fiel. En efecto, todo discurso puramente reflexivo corre el riesgo de devolver la experiencia del afuera al aspecto de la interioridad; en forma irresistible, la reflexión tiende a reconciliarla con la conciencia y a desarrollarla en una narrativa de lo vivido en que el “afuera” se esbozaría como experiencia del cuerpo, del espacio, de los límites de la voluntad, de la presencia indeleble del otro.<sup>20</sup>

Aquí cobra sentido el afuera, ya que afecta la interioridad para producir nuevas formas de sentir y, de esta forma, se puede describir y recrear el espacio. De ahí la necesidad de reconvertir el lenguaje reflexivo; no se lo debe dirigir hacia una revalidación interior, hacia

---

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 16.

<sup>20</sup> Foucault, *Op. cit.*, p. 11.

una especie de certidumbre de la que no pudiera expulsarse, sino más bien hacia el exterior, llevar a que desapareciera el espacio vacío, lleno de silencio, pero no íntimo y convertirlo en un espacio de sentido, en el puro afuera en que las palabras se despliegan indefinidamente. De alguna manera, se debe atraer a ese espacio inhabitado para experimentar, en el vacío y la indigencia, la presencia del afuera.

La atracción manifiesta imperiosamente que el afuera está ahí, abierto, sin intimidad, sin protección ni obstáculo, pero, a esta abertura misma, no es posible acceder, pues el afuera jamás revela su fundamento, no puede ofrecerse como una presencia positiva, como una cosa iluminada desde el interior por la certidumbre de su propia existencia.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 16.

## BIBLIOGRAFÍA

Alonso, C. S. El exilio hecho escritura. Aprender en la errancia. *Enrahonar*, No. 31 (2000): 125-134.

Benavides Moreno, Johana Lizeth. *Relatos. La magia y la creación de lo dicho*. Pasto, 2015. Trabajo de grado (Licenciatura en Filosofía y Letras). Universidad de Nariño, Facultad de Ciencias Humanas.

Eagleton, Terry. *Una introducción a la Teoría literaria*. México: FCE, 1988.

Foucault, Michel. *El pensamiento del afuera*. Valencia: Pre-textos, 1997.

Gomís, Anamari. *Cómo acercarse a la literatura*. México: Limusa, 2001.

González, Alberto. Textos ficcionales como mundos posibles. Disponible en: <http://servicio.bc.uc.edu.ve/educacion/revista/a2n20/2-20-12.pdf>

Hernández, José Antonio. *El arte de la escritura literaria*. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmccr6f8>

Jaramillo Escobar, Jaime. *Método fácil y rápido para ser poeta*. Tomo 1. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2013.

Larrosa, Jorge. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México: Fondo de cultura económica, 2003.

Leclerc, conde de Buffon, Georges-Louis. El arte de escribir. *Casa del tiempo*. Vol. 8, Época 3, No. 88 (2006). Disponible en: [http://www.uam.mx/difusion/casadel tiempo/88\\_may\\_2006/casa\\_del\\_tiempo\\_num88\\_88\\_89.pdf](http://www.uam.mx/difusion/casadel tiempo/88_may_2006/casa_del_tiempo_num88_88_89.pdf)

Microrrelatos. Disponible en: <http://www.unq.edu.ar/advf/documentos/55f862bd2a146.pdf>

Muñoz Chaves, Juan Felipe. *Los recolectores*. Pasto, 2018. Trabajo de grado (Licenciatura en Filosofía y Letras). Universidad de Nariño, Facultad de Ciencias Humanas.

Nietzsche, Friedrich. *El viajero y su sombra*. Barcelona: Edicomunicación, 2000.

Ortiz Benavides, Oscar Felipe. *Sobriaguez*. Pasto, 2013. Trabajo de grado (Licenciatura en Filosofía y Letras). Universidad de Nariño, Facultad de Ciencias Humanas. Disponible en: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=89801>

Oviedo Murcia, Jézika Marcela; García Vásquez, Loren Edith y Gutiérrez González, Yamilet. *La lectura literaria como acontecimiento para la formación de lectores y escritores en la escuela*. Bogotá, 2018. Tesis (Magíster en Educación). Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Educación. Disponible en: <https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/34902/Trabajo%20de%20Grado.pdf?sequence=3&isAllowed=y>

Peña González, Josefina. La escritura en la formación docente. *Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales*. No. 6 (2001). Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/652/65200605.pdf>

Pérez Grajales, Héctor. *Introducción al estudio de la narrativa. Cómo desarrollar la competencia literaria*. Bogotá: Magisterio, 2012.

Pinchao Huertas, Roberto Sebastián. *Diferánden. Creación literaria desde una experiencia del andén en la ciudad de San Juan de Pasto, a partir de una didáctica deconstructiva*. Pasto, 2018. Trabajo de investigación (Magister en Didáctica de la Lengua y la Literatura Españolas). Universidad de Nariño, Facultad de Educación.

Pulido Cortés, Oscar y Gómez Gómez, Leonor. Sobre la escritura como experiencia. *Praxis & Saber*. Vol. 8. No. 16 (2017). Disponible en: [https://revistas.uptc.edu.co/index.php/praxis\\_saber/article/view/6164/5226](https://revistas.uptc.edu.co/index.php/praxis_saber/article/view/6164/5226)

Roco F., Francisco. *La literatura como método de conocimiento*. Santiago, 1995. Tesis (Magister en Filosofía). Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades.

Saavedra Alirio Sneider. Evaluación de la creación literaria: de la racionalidad técnica tradicional al enfoque crítico, formativo y artístico. *Enunciación*. Vol. 15. No. 1 (2010). Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3661646>

Sábato, Ernesto. *El escritor y sus fantasmas*. Buenos Aires: Aguilar, 1964.

Saganogo, Brahimán. Realidad y ficción: literatura y sociedad. *Estudios sociales* (2007): 53-70.

Salinero, Juan Andrés. El concepto foucaultiano de experiencia en la Filosofía con niños. IX Jornadas de Investigación del Departamento de Filosofía. La Plata, 28 al 30 de agosto de 2013. Disponible en: <http://jornadasfilo.fahce.unlp.edu.ar/ix-jornadas/actas-2013/a79.pdf>

Sartre, Jean-Paul. *El existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires: Sur, 1973.

Silva Rojas, Alonso; Maldonado, Serrano, Jorge Francisco y Palencia Silva, Mario Augusto. Filosofía y literatura en Deleuze y Guattari: creación y acontecimiento. *Praxis Filosófica*, No. 45 (2017): 171-202.

Taller de escritura. El micro-relato: definición y características. Disponible en: <https://tallerdeescritura.foroactivo.com/t7-el-microrrelato-definicion-y-caracteristicas>

Trombadori, Duccio. *Conversaciones con Foucault. Pensamientos, obras, omisiones del último maître-à-penser*. Buenos Aires: Amorrortu, 2010. Disponible en: <http://biblioteca.puntoedu.edu.ar/bitstream/handle/2133/2613/carn%C3%A9.pdf?sequence=1>

Zambrano María. *Filosofía y poesía*. México: Fondo de cultura económica, 1939.

# **CAMINOS Y PISADAS**

## EL PASADO NO PERDONA

La calle del pueblo se llenaba de gentecitas que caminaban de un lado a otro. Don Ricardo permanecía sentado en la cantina. La música fuerte y el licor lo embrutecían. La mesa estaba llena de cervezas. Una de las costumbres de don Ricardo era quitar con la uña la etiqueta de la botella de vidrio —a ese viejo le gustaba dejar la botella limpia—; hacer eso le servía para matar el tiempo, mientras se ahogaba de licor en la cantina.

A su lado, continuaba sentado su compadre Martín, quien parecía ver algún lugar muy entretenido, pero todo era producto de la borrachera.

—En los borrachos no se puede confiar, —decía una de las meseras de la cantina—. Parece que ya no pueden, pero ¡mentiras!; es como si estuvieran dormidos, pero siguen despiertos y cuerdos; esos viejos borrachos son unos bandidos y morbosos...

Don Ricardo oía la conversación de la mesera y le sonreía. La mesera era una mujer bella; valía la pena echarle una miradita con algo de disimulo a sus grandes nalgas. Don Ricardo sonrió de nuevo, como para sí mismo, y alzó la cerveza que estaba caliente y simple de tanto tenerla apretada entre sus dedos. Miró a don Martín, que parecía estar totalmente repuesto, como si la borrachera no estuviera en su cabeza, como si no se hubiera tomado ni un trago. Los dos señores se miraron fijamente a los ojos y se sonrieron.

Don Ricardo recordó aquellos días en los que se acostaba con la mujer de su compadre a escondidas, mientras el compadre se iba a cultivar el frijol, que tenía muy lejos, en los sitios (que era la forma como le llamaban las personas a los lugares cerca del río). Los sitios son lugares alejados donde se cultivan varias cosas, como frijol, maíz, maracuyá, papaya, guayaba y otros frutos; los sitios son, además, lugares que quedan muy lejos de los pueblos y las veredas, lejos de casas y familias.

Lo de acostarse con la esposa de su compadre era un secreto que lo llevaría hasta su muerte. Don Ricardo era muy cuidadoso cuando de infidelidades se trataba; nadie lo había cogido con los pantalones abajo. Era cauteloso. Siempre esperaba detrás de unos matorrales hasta que su compadre saliera en la madrugada rumbo al trabajo y de ahí solo era cuestión de segundos para hacerle la visita a su comadre. Sin embargo, eran varios meses que ya no frecuentaba a la mujer de su compadre, pero solo era falta de tiempo, de las buenas oportunidades, que no siempre daba la vida.

Don Ricardo se había quedado dormido, luego de tomar unas cervezas y otros tragos de aguardiente. Cuando despertó, echó un vistazo a la calle: ya era de noche, las luces del pueblo estaban encendidas, motos y carros se movían por todos lados, eran almas que deambulaban en sus carrozas, almas que morían, se morían a diario.

Don Ricardo volteó a mirar a su compadre, pero ya no estaba; había quedado solo en la mesa, un par de borrachos permanecían en la cantina, por lo que se levantó, asustado, y salió de prisa; ya era tarde, vivía demasiado lejos del pueblo y debía caminar varias horas para llegar



a su casa; pensó en su esposa, en lo preocupada que estaría por su larga ausencia; al mismo tiempo, al salir de la cantina, con el frío de la noche, recordó la bendita costumbre que tenía su compadre de irse todo el tiempo sin decir nada.



**Figura 1.** El pasado no perdona.

Era un largo camino. Quiso caminar deprisa, pero los tragos en su cabeza se lo impedían. El camino era largo y desolado. Trastrabillaban sus pasos a causa de las piedras sueltas, los matorrales que se levantaban a cada lado del angosto camino y la poca luz que llegaba de la luna.

De un momento a otro, detuvo su paso, que era lento, por la oscuridad de la noche y los tragos de aguardiente que aún bailaban en su cabeza. El lugar se quedó en un completo silencio; creyó oír un ruido desde uno de los lados del camino —pero no fue nada—. El lugar ahora era silencio, un silencio que lo atemorizaba. Volvió la mirada al camino con dificultad; se podía observar que era una pequeña luz la que guiaba su caminar; se podría decir que la costumbre lo hacía avanzar por ese camino pedregoso, lleno de arbustos a sus dos lados.

Solo fue un fuerte golpe en el cuello y, luego, otro golpe, lo que despertó el silencio de la noche y no pudo hacer nada más que llevarse las manos al cuello; estaba sangrando, la sangre bañaba sus manos. Cayó al piso e intentó ver a su verdugo. El filo del machete brillaba con la poca luz de la luna. A don Ricardo se le nublaba la vista, todo se volvía cada vez más oscuro, la respiración le faltaba, estaba muriendo; la sensación que sentía en ese momento se parecía bastante a las borracheras tremendas que se metía, pero esta vez no era ninguna borrachera y todo lo que había tomado parecía que se le salía por las dos heridas que ahora tenía en su cuello.

El cuerpo de un hombre no muy alto parecía sostener el machete, al que le brillaba el filo a la poca luz de la luna; aquel hombre llevaba una camisa blanca y un sombrero blanco —se podía decir que aquel hombre brillaba en la noche—.

Era su compadre. Ese sombrero y esa camisa blanca eran de su compadre. Era don Martín, quien tenía en su mano el machete. Solo dio unos pasos hacia atrás y se marchó con el machete untado en sangre; ni una palabra, ni un gesto, ni un reclamo, nada salió de don Martín; solo se marchó con paso lento y con mucho cuidado.

En la agonía, don Ricardo supo a qué se debían los machetazos en su cuello. Don Martín, de una forma u otra, se había enterado de las andanzas de su compadre con su esposa, se había enterado de las veces que había esperado detrás de los matorrales de su casa a que él, su compadre, se marchara a trabajar y así hacerle la visita mañanera a su mujer; se había enterado de todo y había buscado poner punto final.

No había nada que hacer, excepto esperar ahí, acostado, el final. Pensó que su muerte llegaría con la vejez, que sus hijos lo verían morir y sentirían tristeza, mientras él iba sintiendo los dolores de su cuerpo por la multitud de enfermedades, pero ¡qué va! Nada de esto sucedería, iba a morir ahí, en la mitad del camino, tirado encima de las piedras en el frío de la noche, en soledad. Nadie vendría por él; lo que ocurriese con su cuerpo solo sucedería hasta cuando el sol volviera a salir —para ese entonces, su cuerpo estaría frío y rígido—.

Merecía la muerte. “El pasado no perdona”, se dijo, mientras intentaba llorar un poco. No hubo tiempo de prepararse para el final ni de pensar en la muerte. Luego de un momento, la mano con que intentaba tapar la herida, se fue deslizando de su cuello.

## EL TESORO OLVIDADO

—Que encontraron dos ollas, —me dijeron—, que una de las ollas estaba llena de una arena blanca y la otra estaba llena de una arena negra; que las encontraron mientras hacían el plan para la casa de unos vecinos y, también, un muñeco que, —según dicen—, lo quebraron y lo hicieron pedazos del puro miedo, porque, según ellos, esas cosas eran del diablo.

Eso me contaba Narciso, quien acostumbraba contar una y otra vez la misma historia, mientras miraba la montaña que quedaba al frente de su casa. Era una montaña pequeña, llena de urapanes, higuerones, cascarillos, algunos árboles de balso, pichuelo, motilón silvestre, entre muchos otros.

—Eso decían, —seguía diciendo Narciso—, que eran dos ollas y un muñeco lo que encontraron... —Pero, además de eso, Narciso me contaba que él y su padre también encontraron un pequeño trompo de barro, que estaba muy bien construido. Lo encontraron mientras escarbaban la tierra de los bordos que habían quedado después de hacer el plan para la casa. De aquellos huecos salía una tierra suelta, blanca y muy fácil de sacar con las manos. Narciso aseguraba que debían ser los huesos de un indio, que ya estaban hechos polvo. Ese trompito tenía unos huequecillos, por donde, de seguro, pasaban una cabuya y, luego, se lo ponían en el cuello, como los collares que se ponen ahora algunas personas glamurosas. Alguien, cuando murió, murió con ese trompito en el cuello. Según dice Narciso, su padre lo vendió por unos cuantos pesos (en ese tiempo, la necesidad valía más que cualquier belleza encontrada en la tierra).

Un breve silencio cubrió las montañas cuando acabó de contar la historia. Una risita burlona dejaba ver el arrepentimiento que lo invadía; estaba triste por haberme contado esa historia, estaba arrepentido de lo que había hecho su padre y de lo que él no había podido evitar: vender el pequeño tesoro que juntos habían encontrado aquel día.

La historia se contaba y se contaba, una y otra vez. Muchas personas sabían de la historia y de la casa donde se habían encontrado aquellas cosas; era evidente que muchas cosas seguían ahí, enterradas. Era una gran historia la que me contaba Narciso, que a nadie parecía importar, como tampoco a nadie le importaba siquiera buscar el tesoro.

Esa pequeña comunidad se había olvidado de un lugar que podría darles respuestas sobre su origen, pero estas personas no quieren ni pretenden encontrar un gusto en las respuestas de los entierros de nuestros antepasados; solo quieren, por lo que veo, dar algunos pasos más antes de irse a descansar al cementerio.

Había una casa grande de tapia. Al verla, uno podía afirmar sin dificultad que la habían construido hacía varios años. Un patio grande y algunas plantas florecían en la huerta; tres pilastras ayudaban a soportar el peso del techo, que estaba cubierto de tejas. Era una bonita casa de tapia, cubierta de árboles por todos lados; algunos chirimoyos acercaban sus verdosas ramas hasta el techo de la casa; en los árboles de nísperos, los pájaros comían algunos frutos

ya maduros; otros frutos amarillos y podridos estaban en el suelo, cerca del patio de la casa. En la entrada, algunas veraneras habían florecido, los árboles de guayacán estaban llenos de nidos de pavas.

Un encierro de junco limitaba la pequeña huerta cerca de la casa; también, algunas matas de nardos, limoncillo, cedrón, perejil, cilantro, entre otras hortalizas y plantas que utilizaban para hacer aguas de remedio. El pequeño huerto estaba limpio, al parecer por el cuidado de sus dueños, pues no tenía ninguna maleza.

Nadie se encontraba en la casa; llamé una y otra vez y nadie respondió. Los dueños parecían no estar en ese momento. Entré y caminé; di algunos pasos y crucé por la entrada; me dirigí a la parte de atrás de la vivienda. Un gran bordo se dejaba ver; era mucha tierra la que años antes, a pura pica y palendra, otros hombres escarbaron para que pudieran levantar la casa. Las piedras parecían puestas en orden. En la pared de tierra, se notaba algo extraño. Lo que Narciso contaba parecía tener algo de razón. Las piedras, algunos miles de años atrás, las pusieron para cubrir sus muertos. Me acerqué a las piedras, intenté escarbar la tierra y retirar algunas piedras que parecían estar flojas; algo de tierra cayó al piso; me detuve, di algunos pasos hacia atrás y me marché.

—Era mejor dejar quieto lo siempre desconocido, —había dicho Narciso varias veces.

## FRIJOL NEGRO

Pasaba sus días en el campo, contemplando sus verdes y enormes cultivos. Las cosechas eran abundantes; esos eran los mejores cultivos del lugar. Nadie parecía envidiarlo, a pesar de las buenas cosechas. Este señor era un buen hombre; ninguna necesidad tenía de ostentar su dinero; siempre llevaba casi las mismas ropas viejas. La plata que le quedaba de sus cosechas, años atrás la gastaba visitando el discreto prostíbulo de su pueblo. Sus despilfarros llevaron a que casi nunca tuviera grandes riquezas; le gustaba fumar y gastaba mucho de su dinero en cigarrillos y cerveza (que le traían los amedieros). En los últimos años, no acostumbraba salir al pueblo; le gustaba vivir cerca de donde tenía sus cultivos de frijol.

Él era un solitario, no tenía esposa, mucho menos hijos. Sus padres habían muerto hacía tiempo. Las pocas palabras que cruzaba eran con los peones y los clientes que compraban su frijol. Su casa quedaba muy cerca de los cultivos. Era una casa bonita, con una buena vista a las montañas altas y frías de la vereda; además de ser una casa pequeña, no había mucho que decir de ella; era como todas las del lugar.

Pasaba las tardes, después del trabajo, en el campo, fumando cigarrillos y tomando café o cerveza. Otros días se la pasaba escogiendo el frijol malo, sacando todos esos frijoles carcomidos por el gusano o gorgojo y todas aquellas piedras y basuras que le quedaban después de cosecharlo.

En aquellas tierras, las personas se dedicaban a cultivar el frijol lima y el señor no era la excepción; ese frijol es de color rojo con manchas blancas, tal vez uno de los frijoles más reconocidos en la región donde este señor vivía. Entre todo ese frijol, encontró un frijol negro; era totalmente negro y no supo qué hacer, pues no se le ocurrió ninguna idea. Era negro, de un negro brillante bello, demasiado bello; lo miró largo rato en su mano; luego, lo guardó en una bolsa y lo puso en un cajoncito que tenía cerca de su cama, donde guardaba algunos papeles y pastillas para sus dolores de cabeza. Lo dejó ahí y siguió escogiendo el frijol, mientras en la radio sonaba la canción *Flor de bulevar*, de El Caballero Gaucho.

Era de tarde y comió algo de lo que preparaba en las mañanas. Se acostó en una pequeña cama, en la que había dormido desde ya hacía muchos años; un colchón duro, al que estaba acostumbrado, lo soportaba; una sábana para el poco frío que, a veces, pegaba en las noches. Afuera los grillos y las ranas no daban tregua. Los sonidos fuertes de los insectos ya no parecían molestarlo; todas las noches se habían tornado iguales; para él, todo era igual, lo mismo; las ranas y los grillos siempre estaban todas las noches y todas sus noches eran eso.

Al canto de su cama, la radio seguía encendida; las canciones de Julio Jaramillo y Oscar Agudelo no le daban tregua —aunque se oían con dificultad—. Trataba de sintonizar la emisora por la cual sentía un gran afecto; después de unos minutos, apagó el radio e intentó dormir; mientras lo hacía, recordó el frijol negro, que seguía en el cajón, junto con sus pastillas. Era la primera vez que en su vida había encontrado un frijol de ese color; seguía en

él la imagen latente de ese frijol negro; de ninguna forma podía olvidarlo. Después de pasar largo tiempo pensando en lo mismo, terminó por dormirse.

El día amaneció y el canto de los pájaros lo despertaron. Como todos los días, se levantó, fue a la cocina y preparó un poco de café... Mientras tomaba el café, pensó de nuevo en el frijol negro. Se dijo que sería una pena no sembrar ese pequeño grano; si aquel dichoso grano negro de frijol crecía, tendría entre cuatro o cinco granos, incluso más granos nuevos de frijol, pero, más allá de todo esto, quería saber si sembrando ese frijol, tendría más frijoles del mismo color.

Siguió haciendo la cuenta, pensando en que, en algunos meses, si todo salía como él esperaba, tendría unos cuantos bultos de frijol negro. Se emocionó tanto que salió de prisa de la cocina y se dirigió a su cama; sacó del cajón el frijol, que seguía en la bolsa, lo sacó deprisa y lo llevó hasta el patio de su casa. Con un barretón, hizo un huequito y puso el frijol en ese lugar; fue hasta la cocina por agua, que vertió en el hoyo, donde había depositado el frijol unos minutos antes, para humedecerlo, listo para su florecimiento.

Fue a sentarse a la pequeña silla, que tenía afuera de su casa. El sol empezaba a golpear fuerte. El señor seguía mirando el lugar donde había sembrado el grano de frijol; pensó en cuánto tardaría en crecer.

Eran días muy solitarios; pasaba días enteros sin ver a ninguna otra persona; los amedieros se habían marchado del lugar, pues, para ese momento, no quedaba mucho por hacer, excepto esperar que el frijol secara para ir a cosecharlo. Solía ir a caminar por todos los sembríos de otros dueños. Tenía, por ahora, el tiempo para seguir sentado cuanto quisiera, como, también, para salir a caminar cuando se le diera la regalada gana.

Parecía estar solo en el mundo y viejo; ya poco le importaban las mujeres, poco le importaban ya sus lindas nalgas y las grandes tetas de esas señoritas que antes acostumbraba visitar en los antros de mala muerte del pueblo. Las putas ya no eran parte de sus días; la verga se le había entumecido por los años y solo le servía para orinar de vez en cuando. Ahora, lo invadía la costumbre de estar solo, completamente solo y la poca bulla de los días era del viento, los insectos, las aves y el viejo radio, que reposaba en el canto de su cama. Tarareaba la canción *Soledad*, de Lisandro Meza: le gustaba, se sentía a gusto con aquella canción, que sentía tan propia, tan cierta.

Ya no salía al pueblo y las pocas cosas que necesitaba para la comida y los cigarrillos cada mes se las traían los trabajadores o amedieros —como una forma de mostrarle algo de cariño—. Fumaba demasiado. En la garganta, era casi natural que sintiera un poco de flema pegada, que le producía tos y carraspera.

Habían pasado quince días desde que sembró la mata de frijol negro. El día había amanecido, así que se levantó deprisa y salió al patio a mirar la matica, que ya salía de la tierra. Eran solo dos hojitas, que se dejaban acariciar por el rocío de la mañana y el frío terrible del amanecer en el campo, en los días de verano. Por fin, aquella mata de frijol había nacido; era hermosa y, por el cariño que le tenía el hombre, parecía diferente a las demás; sin embargo, era igual

a todas las demás, solo que el hondo cariño y las ansias de verla crecer parecía que se la mostraban mucho más bella, más impetuosa que las otras tantas matas de frijol que había cultivado en sus muchos años de trabajar la tierra, desde cuando era muy niño, cuando su padre lo llevaba a sembrar y desmatonar los lotes, con el corte de los árboles de matarratón para que, luego, pasaran los bueyes y araran la tierra.

Los días pasaron y la plantica crecía tranquila, como crecen las niñas de la ciudad, cuidadas muy bien por sus padres, esas niñas ricas que se llevan a los jardines y a las escuelas en bellos carros y que comen helado, carnes rojas y cereal con leche en las mañanas y en las noches algo de arroz con pollo a la broaster, para, luego, acostarse a ver algo de televisión o algunas series de esas cursis y célebres niñas consentidas, acostadas en sus camas, que no salen a tomar el sol... De la misma forma, el señor cuidaba su planta de frijol, la acariciaba y hasta le decía palabras bonitas y todos los días, cuando se levantaba, preparaba algo de agua y, junto a ella, revolvía muy bien un poco de abono y, después, se lo servía cerca al tallo de la mata, para que la raíz absorbiera todos los nutrientes. En las tardes, sacaba su radio y se sentaba junto a su mata de frijol a oír las canciones, mientras quitaba de sus hojas aquellos insectos que se prendaban de su esplendor.

Había dedicado mucho tiempo a cuidarla, la rociaba con agua todos los días; el hueco donde había sembrado el pequeño grano, que casi quince días después crecía como una señorita solitaria, con todos los cuidados que su padre podía proporcionarle.

Los peones y las personas que lo conocían murmuraban sobre las cosas que sucedían con el señor de los cultivos de frijol, decían que estaba loco, que una grave enfermedad lo había sumergido en la soledad, que tanto tiempo sin salir de ese lugar lo estaba volviendo un desquiciado. Estaba loco y en algo tenían razón, ahora parecía un niño que jugaba con una matica de frijol.

Los hombres maduros no podían ver lo que sucedía; les molestaba ver que ese hombre trataba con tanto cariño a una despreciable mata de frijol. Aquellos hombres contaban a sus esposas lo que pasaba en la casa del señor de extensas tierras, el que ahora parecía una mariconcita que jugaba a ser amigo de las plantas.

De ese hombre viejo y serio, que tanto parecía envidar la gente por la buena suerte que tenía con sus cultivos, ya no quedaba ningún rastro; ahora, parecía que se asustaban de ver a ese hombre más solitario que de costumbre; ya no era verlo en los días que ellos llegaban de hacer sus cosechas, cuando los grandes cultivos de frijol estaban secos y las vainas se abrían por el solo calor de los días. Ahora, solo era verlo ahí, sentado, mirando la plantica de frijol que florecía junto a unas pocas vainas, que se dejaban ver entre las grandes hojas que, debido a la cantidad de abono y a su cuidado, seguían creciendo.

Después de tres meses, la mata que había cuidado con tanto esmero se había secado y era tiempo de sacar los granos del frijol; apretó con su mano la mata y con fuerza la arrancó del suelo; tomó las vainas y las desgranó. Eran unos granos negros, entre unos diez y quince nuevos granos de frijol; no dudó ni un minuto y volvió a sembrar los pequeños granos. Seguía



emocionado al pensar en que, muy pronto, en unos tres meses, tendría muchos más granos de frijol negro.

El tiempo corría de prisa en aquellos paisajes calurosos, donde las piedras brillaban por el calor del mediodía, donde los vientos fuertes empezaban a darse después de las dos de la tarde, donde las pocas casas se confunden con los ranchos que solo son unas hojas de zinc viejo y un par de tablas que sirven para ir a tomar y comer en los días de trabajo.

Habían pasado varios meses y pronto ya era un año el que había pasado; estaba solo, ya casi nadie lo había vuelto a visitar, los trabajadores y amedieros ya no volvieron a cultivar su tierra, pues estaba enfermo por sus frijoles negros.

La verdad es que se bañaba muy pocas veces; su ropa casi siempre era la misma; solo a veces se la cambiaba, por la necesidad, cuando ya estaba muy deshilachada y demasiado sucia; su barba larga y el cabello estaban sucios por la falta de agua e higiene; su cabello parecía que le había crecido desproporcionalmente. Estaba abandonado, sucio, loco y emocionado y, a la vez, contento con sus sueños, que parecían los de un poeta que sueña con el poema perfecto (acariciado por las palabras impecables que lo dicen todo), de la misma forma que él soñaba con sus frijoles negros y que estos frijoles vistieran el patio de su casa de oscuridad y que brillaran por la luz del sol.

Después de un año, ya tenía varios bultos de frijol negro, que regaba en su patio en carpas blancas y grandes; se quedaba mirando, contemplando la enormidad de su logro; eso era lo que había querido, lo que había soñado y anhelado tener en su casa —había añorado tener tanto frijol negro como le fuera posible—. Seguía pensando en que debía intentar la siembra de más frijol negro, pero las fuerzas y la soledad ya no se lo permitían y se resignó a seguir con aquellos bultos que, con tanto esfuerzo, había logrado cosechar.

Un día, mientras tomaba café y fumaba los últimos cigarrillos, un hombre entró en su casa; era bien presentado, pero con cara de rico tonto, de esos que solo escupen billetes y monedas siempre que hablan. Basura en sus palabras era lo que tenía ese señor. Le brillaba el dinero por todos lados; de eso no había duda. Lo saludó mientras sacaba un cigarrillo de esos caros, que él conocía, pero que nunca había probado, pues toda su vida solo había fumado cigarrillos baratos.

Lo saludó y, de inmediato, vio el frijol negro que brillaba por la luz del sol en el patio de su casa. El señor de fachas ricas y mediocre intelecto le ofreció un buen precio por aquel frijol que, para él, no debería valer nada; era negro y una comida con ese frijol daría algo de pudor y tal vez asco. Ese frijol solo era ideal para sus fines, nada más que para la dicha de verlo crecer y dejarlo en el patio de su casa y tranquilamente contemplarlo desde la silla que tenía en el corredor. Era exótico aquel frijol, un extraño frijol que nunca antes había conocido nadie, ni siquiera aquel señor de buena ropa, de zapatos de cuero y pantalón jean, quien seguramente nunca había tenido la necesidad de tocar la tierra mojada, ni de soportar el sol para ganarse un peso.

Le sonrió y pensó que todo volvería a la normalidad; su pensamiento le decía que ese ideal que le había hecho vivir mirando con los ojos al cielo de los soñadores había sido el que lo había envuelto en esa aventura tan desolada, tan suya, y que ahora estaba perdiéndose.

Otros querían su frijol para hacer negocio con él, querían ganar dinero; ninguna congoja los fatigaba, solo querían hacer dinero y todo se volvería como antes; su frijol negro tenía precio y, si no lo vendía, vendría otro y luego otro comprador por su frijol, y hasta sus vecinos vendrían a pedirle de ese frijol para sembrarlo; entonces, todo el lugar se volvería de color negro. Sabía que, si no lo vendía, a fin de cuentas, de alguna forma, terminaría por perderlo, pues volverían personas con más dinero a querer comprar su sueño y, si no lo hacía, terminarían por robarle y posiblemente matarlo.

Sintió tristeza y, sin decir mucho, recibió el dinero que le había ofrecido el señor de lindas ropas y ademanes de hombre de ciudad, con su piel blanca y delicada. Recibió el dinero en su mano y lo guardó en el bolsillo, le empacó el frijol en unos costales de cabuya y se los entregó. Su patio había quedado vacío de nuevo. Algunos gorgojos seguían moviéndose en el piso. El comprador subió los bultos en un carro y se marchó del lugar.

Todo estaba vacío de nuevo. Sintió que un fastidio le pasaba por la boca. El olor a tabaco y el sabor de sus muelas podridas parecía que lo asfixiaban. Le dolían los ojos y las piernas le temblaban. Tenía sed; tras largo rato, escupió un gargajo con algo de sangre, que le atragantaba la respiración.

Se sentó en la pequeña silla del corredor, miró el cielo y estaba nublado; unas gotas de agua caían al suelo. La carraspera en su garganta le seguía. Una tristeza profunda sollozaba en su soledad; era la normalidad la que había vuelto a su casa y a sus manos y a sus pies, a todo el cuerpo, le hormigueaba esa maldita sensación de normalidad y fracaso. Todo estaría de nuevo, todo volvería a ser igual, el trabajo, el frijol, las madrugadas, los cultivos, las canciones de Oscar Agudelo, El Caballero Gaucho y Julio Jaramillo, en el canto de su cama. No importaba de qué color serían los granos, las cosas seguirían siendo lo mismo.

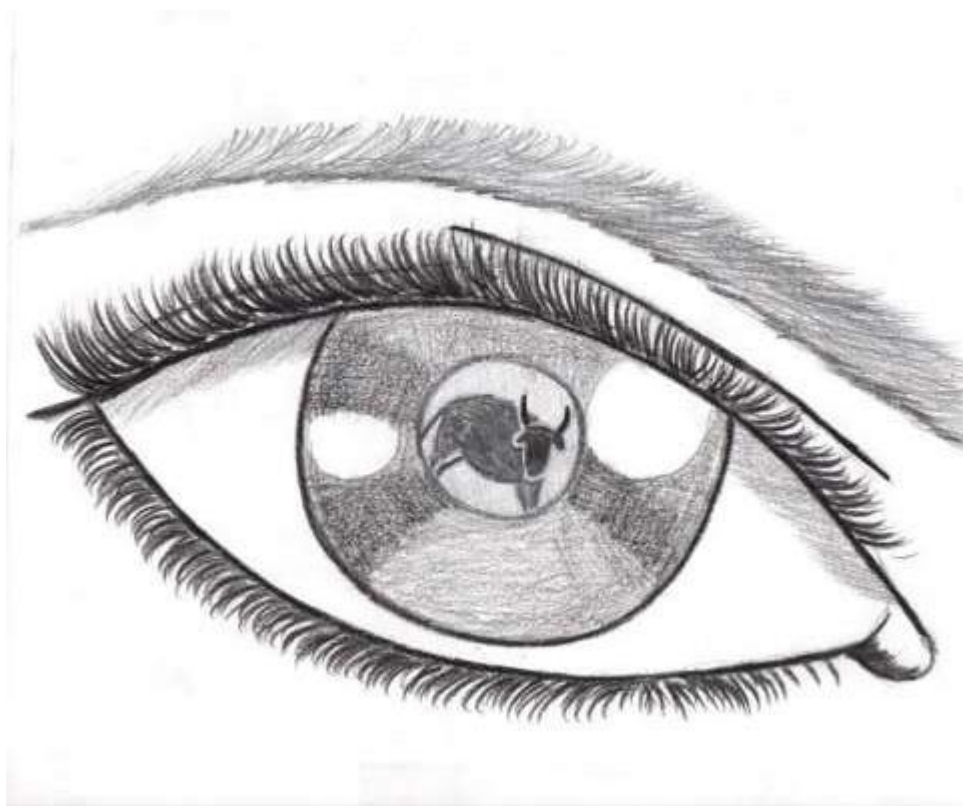
Su mirada cayó al suelo y cerca de sus pies un pequeño grano de frijol negro estaba cerca de sus zapatos; se llevó largo rato mirando el pequeño grano; luego, se levantó y con su pie lo pateó tan fuerte, que ya nunca volvió a crecer frijol en sus campos.

## MAL OJO

No se trata de alguna persona a la que le faltara un ojo, mucho menos que tuviera más de dos ojos o, en su defecto, que no pudiera ver muy bien. No es solo sobre los ojos, es algo más...

El mal ojo produce muerte. Es la mirada hiriente de otro, que ataca con salvaje envidia el deseo de la ruina y el goce de ver fracasar al otro. Es la forma de matar sin la palabra y sin las armas; es la mirada profunda la que ataca, la que acecha a su presa.

No se puede pensar que la mirada solo es belleza y pura verdad. Cuando hablan las miradas, la incertidumbre también vive en los ojos; la mirada profunda de quienes, enamorados, no dejan de saciarse mientras se miran. Pero esta mirada nada tiene que ver con el amor, que es un dios que nos alegra las noches, y muy pocos días; luego, con el paso del tiempo, nos hace escupir todas esas maripositas que nos dejaron los besos que nos dieron las señoritas.



**Figura 2.** Mal de ojo.

Lo cierto es que se trata de una vaca; aquella vaca, de un momento, a otro se puso nerviosa y brincaba como loca. Era la mirada de alguien que la quería matar. La vaca temblaba, se echaba en el suelo y se sentía fatigada, respiraba hondo, estaba nerviosa como si presintiera su muerte. La vaca quería esquivar la mirada del matador, pero no le fue posible; alguien le había hecho mal ojo. Eso dicen los que saben. Yo solo puedo decir que la vaca terminó muerta, después de unas horas de agonía.

Eran muchas las miradas que había en ese lugar; incluso estaba la mía, que también estuvo presente aquel día de ojos y vaca muerta. Era de tarde, el sol se ocultaba y la noche empezaba a entrar con su hedor.

En medio de tantas vacas, una de ellas, una de las más bonitas agonizaba. Más tarde, terminaría muerta y enterrada en el mismo lugar que otras.

A la pobre vaca ni siquiera pudieron comérsela los gallinazos.

## CAUDAL

Era de tarde y las motos en las que viajábamos nos habían llevado hasta muy cerca de nuestro destino, tan cerca que se oía con fuerza el ruido que producía el agua del río, al que llegaríamos unos minutos después de andar por un viejo camino.

El lugar estaba desolado; solo había algunos rastros de pisadas de vacas y caballos, que los hacendados de la región soltaban para que comieran el poco alimento que el lugar les brindaba; eran grandes extensiones de terreno que nadie cultivaba; la poca hierba que se encontraba, la mayoría estaba seca por el calor del lugar; por lo demás, solo era un paisaje desértico, donde solo abundaban las tunas, los cactus y algunas plantas espinosas como el guayaco o, también, plantas espinosas y ortigas, como la pringamosa.

Las aves revoloteaban en el aire y se marchaban como locas de miedo por nuestra presencia. Seguimos bajando por el camino cubierto de arbustos de pringamosa. Lindo nombre para una planta —me dije—, mientras en uno de mis brazos, una rasquiña del putas me sacaba de mi tranquilo pasar por el estrecho camino. Tuve que detenerme y mirar mi brazo en que, por descuido, había dejado que la pringamosa me rozara con sus delicadas espinitas; esa planta tenía un veneno, como decía una de mis abuelas, “fierísimo” que, a su vez, es tan fuerte que lleva a que maldijeran todos los dioses juntos.

Hacía algunos años, ya había tenido un encuentro con esa planta. Sucedió cuando el amor florecía en mis mejores días de juventud. Para entonces, estaba de paseo con un amorcito, una doncella; eran días venideros con ese pedacito de carne dulce y su alma casi de santa. Ese día, mientras caminaba con mi amorcito, seguía con ímpetu sexual su cuerpo y sus dulces piernas trigüeñas —ese colorcito a chocolate molido— o, como diría León de Greiff, “*una simiesca mulata, muy hermosa*”. Aquel día, por estar pendiente del cuerpo virginal de mi amorcito, descuidé mi paso y una de las hojas de pringamosa se encontró con mi pierna descubierta, debido a que solo una pantaloneta negra la cubría. La maldita planta me rozó la pierna y tremendas ronchas se me hicieron ese día, pero, en ese tiempo, yo estaba enamorado y a la pringamosa ni siquiera la sentí. Pero ahora, en días alejados de ese amor juvenil, sí que dolía y rascaba.

Mi compañero había detenido la marcha para esperarme, pues se había dado cuenta de que yo no le seguía su paso; cuando llegué hasta donde él estaba, seguimos caminando con precaución.

—Las mocitas sí que son sabrosas, —le dije a mi compañero; él solo se sonrió—. Una vez... —le seguí contando—, tuve dos mocitas más, aparte de mi novia, y me las cogía a las tres el mismo día; en ese tiempo, se me estaban saliendo los huesos por la piel, yo estaba demasiado flaco, pero me sobaban las fuerzas para darle unas buenas cogidas a todas ellas; me tocaba mentir bastante, eso es cierto, pero, al fin de cuentas, era bueno tener todas esas piernitas desnudas y abiertas... A mí me daban unas risas de sinvergüenza, —y el compañero no decía nada, mientras yo le contaba mis historias de mocitas y de mis buenas cogidas.

Mientras hablaba, la roncha en el brazo me seguía molestando, me ardía y me molestaba con el calor y el bochorno del día. Así, llegamos hasta el río, donde se suponía estarían los peces que, más tarde, serían nuestra recompensa. Ahí estarían nuestras presas en espera de caer en nuestra red, presas que aún no sabían la desgracia que les llegaría; por ahora, debían estar debajo del agua comiendo lo que el río bajaba en su caudal, fragmentos de hojas verdes o insectos que fluían por el agua; mi amigo decía que algunos suelen lamer las piedras del río, a las que les crece una nata, que los pescados se la pasan comiendo.

Yo era algo incrédulo sobre el hecho de que en aquel río hubiera peces. Era de tarde y ya quedaba muy poca luz. Yo estaba solo; unos metros más arriba, había logrado ver una leve sombra de mi compañero, que seguía con su paso adelante.

El agua era sucia y pronto sentí asco de su fluir cuando entró el agua podrida a mis pies. El agua empezaba a darme en las rodillas. Había un olor fétido en el aire y el agua producía una espuma de color café, muy parecida a la espuma que se encuentra en los trapiches cuando se muele la caña. Esa espuma que sale de la caña molida, el guarapo que le llaman. Ese guarapo tiene, además, del dulce espuma espesa y sucia, que se mezcla con el jugo de caña (creo que por eso lo recordé).

Grande era mi aversión. No quería ni pensar en esos pobres peces, que debían estar sumergidos en aquella agua y alimentarse de tales suciedades; toda esa agua sucia venía de la ciudad más cercana y de todos esos pueblitos donde las personas echaban sus suciedades por las alcantarillas tranquilamente; todo ese fermento sucio que sacan de sus casas por las tuberías venía a parar a este río —lo que pasa en todos los lugares—, como, también, había fragmentos de ropas viejas y zapatos a las orillas del río, donde crecían algunas plantas y enredaderas.

Mientras mi compañero lanzaba con fuerza la atarraya al caudal del río, yo esperaba ansioso; esperaba que, al sacar la atarraya del agua, un horrible pez saldría de aquellas aguas podridas, pero nada, ni una sola muestra de esos peces. Intentó varias veces más, hasta que, por fin, sacó del río un pecesito corroncho o cucha, como también le llaman; era un pez de horrible aspecto; sin embargo, en otra parte de la atarraya, un bagre estaba incrustado en la mitad, como si quisiera escapar de las cuerdas de pita. Aquel lugar parecía tener vida, mucha vida. Algunas sambicas pequeñas esquivaban las cuerdas de la atarraya. También, me supuraban tristeza, demasiada tristeza tenían en el alma aquellos peces que aún seguían punzando fuerte. Arrojé rápidamente esos peces al bolso que cargaba en mi hombro; sentía como golpeaban bajo mi brazo derecho, en el intento de salir. Era una muerte lenta la que les esperaba.

La marea parecía crecer a medida que nos adentrábamos en el río; el agua acariciaba la punta de mi verga y mis testículos; mi pantalón estaba totalmente mojado por el agua que me llegaba casi a la cintura. El agua golpeaba demasiado fuerte; sentí mucho miedo y un angustiante estado de inutilidad se apoderó de mis huesos; quedé por un momento paralizado, estaba en la mitad y el río parecía un monstruo que me llevaría a rastras en sus aguas.

Intenté reponerme del impacto que me causó ese momento, respiré con calma y seguí caminando en sentido contrario a la corriente del agua. El río golpeaba mis piernas, mientras

yo seguía subiendo. Después de unos duros y largos minutos, llegué hasta un lugar donde sentí que el agua me llegaba a las rodillas e intenté cruzar el río. La marea del río era leve y el agua corría con menos fuerza. Lo había logrado al fin, el alma me volvía al cuerpo —casi, como suelen decir por estos lados—, pero aún seguía asustado y quería llorar. La muerte había estado cerca, pero solo había acariciado la punta de mi falo y se había largado. Es verdad que mientras se largaba mostrando su espalda, echó un vistazo hacia atrás, me miró, sonrió un poco, me hizo un guiño y me lanzó un beso volado; esa era la muerte, de la que siempre hablaban. Esta vez la muerte me daba un susto del putas; morir se no era lindo, pero sí fácil; a mí, me acarició esa vez y no sé cuántas veces más lo hará de nuevo, antes de que llegue la hora y me lleve definitivamente.

Me senté a la orilla del río, donde habíamos dejado algunas cosas que habíamos llevado para pasar la noche, algo de comida y algunos plásticos, en caso de que la lluvia nos visitara. Mi compañero me veía con preocupación y susto, al ver que había salido sano y salvo de los abrazos del río. Él seguía lanzando con fuerza la atarraya, mientras yo me recostaba en la poca arena a orillas del río. Volví a sentarme y prendí uno de los cigarrillos que llevaba en el bolso, fumé un poco y miré de nuevo el río; “estuvo cerca” —me dije—; me había salvado esta vez y, ahora, una leve risa me invadía la cara.

A orillas del río seguía riendo por la situación que se había presentado. La muerte nunca da segundas oportunidades, pero, más que la muerte y sus besos volados y el guiño que me hizo, la vida misma se me había acercado con toda intensidad en aquel río. La vida, la que sentía ahora con fuerza y golpeaba en mi pecho. Nunca antes había vivido tanto en tan poco tiempo.

## SI LAS QUEBRADAS HABLARAN

Hay un ruido fuerte en invierno que encierra todos los ruidos posibles; es la lluvia acumulada, que viaja, se golpea en las rocas y lleva a su paso basuras, hojas, insectos muertos y pedazos de troncos secos. Esas son las quebradas en invierno, cuando su caudal crece y con fuerza se lleva las cosas débiles que encuentra en el camino. Están por todas partes, en medio de las veredas, en medio de los pueblos, sirven como linderos o fronteras para distinguir terrenos, unos de otros; son fuente que nutre los cultivos. Las personas de la región las utilizan para llevar el agua hasta sus terrenos. Si caminas por estos lugares, vas a encontrar gran cantidad de mangueras, por donde el agua se vuelve presa fácil del hombre.

Un día, mientras Pedro caminaba por la quebrada, cerca de su casa, pudo notar que, delante de él, unas pisadas de dos personas aparecían en el suelo. Habían pasado hacía un momento, por lo que siguió el rastro. Por la fuerza del agua, no podía oír nada más que su sonido, que bajaba con fuerza, golpeaba en las rocas y las hojas de los árboles cercanos que muchas veces rozan sus ramas en el agua. Siguió caminando con cautela, pues sabía que esas pisadas eran de dos amantes, que encontraría en cualquier momento. Siguió caminando, pero en ningún lugar encontró a la pareja, que seguramente estaría desnuda y daría un espectáculo que, encantado, hubiera querido ver; dos personas desnudas, en medio de tanto monte y árboles, “haciéndole al mandado” —como muchos dicen—, le hubieran regalado a don Pedro un momento de excitación.

Solo el rastro, nada más. El rastro de hojas y ramas arrancadas sin ninguna delicadeza, solo eso, y algunos preservativos en el suelo, y algo de papel higiénico arrugado, solo eso, nada más encontró don Pedro. Los dos amantes estaban ausentes.

Eran varias las veces que a don Pedro se le habían escapado los amantes, de tal manera que no había podido sentir ese momento de placer al ver a dos personas que tenían sexo en la quebrada; luego, hizo mala cara, como si algo importante se le hubiera escapado de entre las manos. Regresó a su casa y su esposa no estaba; hacía rato que había ido a visitar a su comadre y aún no había llegado.

Cuando llegó su mujer, una hora después, don Pedro se apresuró a contarle lo que no había podido presenciar:

—Fue una lástima no haber podido verlos, —le dijo a su esposa, quien sonrió tranquilamente.

Todas las tardes, después del trabajo, don Pedro iba hasta la quebrada y pasaba horas en la espera de hallar a los enamorados, pero todo había sido en vano, nunca había podido encontrarlos, aunque resultaba claro que habían vuelto de vez en cuando, ya que siempre había hojas verdes arrancadas, preservativos y papel higiénico tirado entre las ramas —las veces que había vuelto había encontrado los nuevos desechos de la faena sexual—.

Uno de tantos días, mientras le contaba de nuevo a su esposa lo que había sucedido, ella intentó darle una solución: ambos irían a buscar a los dos amantes y estarían todo el día en



espera de que aparecieran, pero nunca aparecieron, así que, después de tanta espera, su esposa se quitó la ropa y empezó a bañarse desnuda, mientras su esposo la miraba. Los dos tomaron hojas de los árboles y también de las ramas, las pusieron en el suelo y, desde ese día, ya nunca esperaron encontrar a los amantes.

Existen señales de que mujeres y hombres se encuentran en las quebradas. Es el refugio de los deseos incontrolados que buscan un espacio distinto para un encuentro sexual, en medio de los duendes y de las aguas puras del campo.

Las quebradas y los duendes tratan de guardar el secreto lo más que pueden, pero no siempre pueden limpiar el rastro que dejan las ramas muertas y estropeadas por la faena debido a la rapidez con que los cuerpos prohibidos y no prohibidos se encuentran.

## EN LOS CAMINOS TAMBIÉN SE AMA

A.M.

“¡Un ángel! ¡Bah! Todos dicen lo mismo de la que aman, ¿no es verdad?, y, sin embargo, yo no podré decirte cuán perfecta es y por qué es perfecta; en resumen: ha esclavizado todo mi ser.”

Goethe

¿Así que usted quiere saber si alguna vez me enamoré? Me enamore una vez, a mis quince años; esa fue la única vez y me ha durado hasta este día; mañana, aún no lo sé, pero tengo la leve sospecha de que también estaré enamorado de ella.

Yo a esa edad solo era un niño, y ella también, por supuesto, solo dos años menor. No puedo decirle que sea la mujer más linda que existiera en este mundo; además, yo conozco muy poco y creo que moriré sabiendo muy poco, pero sí mucho más que todos esos gomelitos de esos pueblitos chiquitos e incultos, como también de las grandes ciudades; esos pendejos están en todos lados.

Tiene que saber que, para mí, sí lo era, y sigue siéndolo. Fíjese que, para mí, es la mujer más hermosa del mundo y la extraña, ¿sabe?; son esos amores a los que se les llama imposibles o platónicos; me gusta más decirles platónicos.

En ese tiempo, yo nada sabía de esos poetas que ahora me gustan tanto y que en un tiempo me volvieron un soñador y un loco despiadado. Yo no conocía ni a Darío Lemos, ni a León de Greiff, ni a Raúl Gómez Jattin, ni a ninguno de los tantos poetas que leí después y de quienes guardo algunos libritos con sus poemas.

Yo también solía escribirle poemas a esa señorita, de quien me enamoré; los escribía en hojitas sueltas, que guardaba en un libro de Efraím Medina Reyes, que era grande; creo que se llamaba *Lo que todavía no sabes del pez hielo*, ya no lo recuerdo, ni tampoco sé dónde estará ahora. Ya casi no leo, ya estoy viejo, aunque eso nada tiene que ver; es otra cosa por la que ya no lo hago; pasa que, al final, uno se resigna a ser un estúpido más, igual que todos.

En ese tiempo, cuando apenas la conocí, nunca antes había besado a nadie, era la primera vez que lo hacía. ¿Usted se imagina lo que yo sentía? ¡Eso, para mí, era lo máximo! Estaba loco de alegría y me temblaban las bolas y tiritaba como si estuviera resfriado. En ese tiempo, todo era limpio, muy puro. En ese entonces, no me daban esas arrecheras de ahora, cuando uno solo piensa en llevárselas a algún lado y hacerles de todo, pero en ese tiempo era diferente... Fue solo un beso, mi primer beso (lleno de pureza), en un camino que quedaba cerca de mi casa. Yo, en ese tiempo, no me cambiaba por ningún otro hijueperra.

Fue un beso en un camino. ¿Usted qué va a saber de besar en los caminos? Pero yo sí sé, joven; yo sí he besado y he cogido también en los caminos. Yo me enamoré con un solo beso; esa niñita tenía unos labios grandes y resecos, pero a mí me gustaba y eso era lo importante.

Eso de que hay mujeres que besan rico, es cierto, joven; algunos besos son tremendos y muy alentadores. Uno no quiere dejar de besar a esas mujeres tan buenas y de buenos labios. Pero eso de que un buen polvo enamora, en eso no creo, ¿sabe?; esas son mentiras; hay veces que al amor no se le puede ni echar un polvito y, sin embargo, uno se enamora.

Espéreme, joven, me prendo otro cigarrillo y le cuento. Los cigarrillos ayudan a contar historias, lo vuelven a uno más verraco para decir las cosas que nos cuesta, que son tan propias, cosas que llevamos entre pecho y espalda sin contar a nadie. Pero los cigarrillos y el trago ayudan; lo vuelven a uno poderoso y ridículo al mismo tiempo. Y con el humo, uno le hace cosquillitas en los pies a Dios. ¡Carajo! ¡Qué sabroso es sentir un cigarrillo en la boca!, me recuerda sus besos; claro que eran mucho mejor que fumar, aunque, ¿sabe?, lo de fumar, también, aliguito se lo debo a ella.

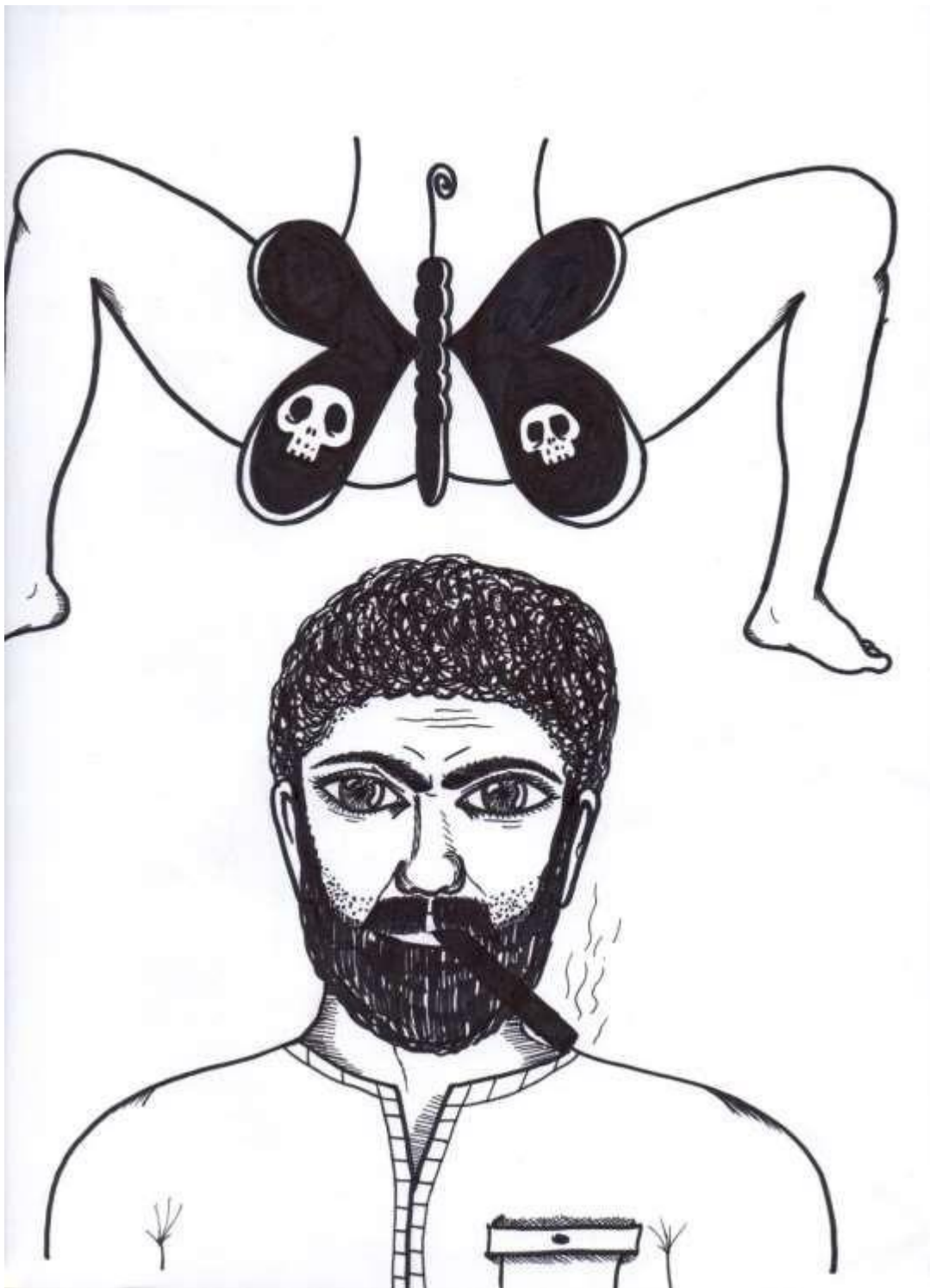
Lo que le cuento, para mí no es nada bonito, fíjese; yo no sé si ella aún me quiera, la verdad es que ya casi no me importa, pero yo estoy enamorado y sigo enamorado, no sé hasta cuándo. ¡Carajo! Como quisiera olvidarme de ella de una vez por todas. Sigo enamorado como un tonto y, luego, leí a Jaime Sabines y la recordaba, a Petrarca y la recordaba, a Benedetti y también la recordaba; oía cualquier canción y la recordaba; hasta esa basura que se oye ahora me la recuerda; yo de ella no me olvido nunca. ¡Maldita sea!

¿Usted no ha leído *Casi obsceno*, de Raúl Gómez Jattin? Usted debe ser de esos jovencitos que no saben nada; ustedes, ¡pobres diablos!, no saben de lo que se pierden. Para mí, el viejo Raúl fue la patada en el culo que me faltaba; esa patada me dolió mucho, pero valió la pena; hasta ahora me duele y, de vez en cuando, lo vuelvo a leer. Tengo uno de los libros de Gómez Jattin que robé de la biblioteca. Ese hombre fue un buen poeta; también, se convirtió en mi amigo. Cuando estaba enamorado, lo leía todos los días, casi no podía dormir; nunca pensé que un poeta me gustara tanto. Con los años, a uno se le entra la idea de querer ser como esos poetas, pero yo nunca podría ser tan bueno con las palabras.

La volví a ver un par de veces y sentía lo mismo, una maricadita en el estómago que me daban ganas de tirarme al piso y dar vueltas y arrastrarme por la tierra; luego, me daban ganas de salir corriendo, me daban náuseas y las piernas me temblaban, cuando la tenía cerca. Ella era como eso a lo que le llaman ambrosía, como un alimento sagrado; me sentía un dios y no me quería cambiar con nadie; al mismo tiempo, quería que nadie se comiera ese cuerpecito tan lindo, pero eso era inevitable y lo sabía.

Le escribí un poemita que decía:

A veces sueño con peces que revolotean en mis mares,  
Nadan sobre mis espaldas, como queriendo decir algo.  
Gritan tu nombre y vigilan el horizonte, por donde un día volaron tus ojos.  
Eras para ellos  
Lo poco que conocen del amor.  
Ahora, que no estás, me preguntan, con un aire de tristeza, ¿y si volviera?



**Figura 3.** En los caminos también se ama.

Siempre le escribía cursilerías y las recordaba de memoria, como lo que le acabo de decir, cosas así o, por ejemplo, este otro:

    Mi amor supremo,  
    Mi dios hecho carne,  
    He de tomar el vino que se vierte en tus entrañas y he de probar el pan de tu boca perfecta.  
    Diosa omnipotente,  
    Amada mía, señora mía,  
    Diosa terrenal, llévame hasta tu muerte, cárgame en tus brazos,  
    Has adormilar en tu amor a este pobre y frágil poeta  
    Que escribe a tu nombre, a tu boca, a tu sexo que me viste de angustia  
    El vino dulce del que te ama.

Eso lo escribí hace ya mucho tiempo y aun lo recuerdo. La verdad, me da risa recordarlos. Esos poemas son muy malos, pero estaba llevado de esa niña y me la pasaba escribiendo y recitando poemas por toda la casa.

Varias veces nos besamos, cuando volvía cada cierto tiempo; unos dos o tres años se demoraba en volver y yo la seguía queriendo igual; estábamos jóvenes y poco me importaba pensar en el futuro. La última vez que estuvo conmigo, le apreté esas nalguitas, que eran muy lindas y duritas; yo se las apretaba con mucha fuerza y amor, esas nalguitas me enloquecían; también, le besé esa cosita que tienen las mujeres; era muy rico, me fascinó, enloquecí de amor oral; si por mi fuera, aun estaría metido entre sus piernas.

Soy un payaso, un poeta fracasado y enamorado, que no se olvida de ese beso reseco que me dejo en el camino. Sigo sufriendo como un idiota. Uno debería olvidarse de las personas, pero, a veces, no se puede; es una gran estupidez seguir queriendo a alguien y, en este mundo, no vale la pena sufrir por nada.

Y no le cuento más detalles, porque estoy algo triste y el cigarrillo se me acabó y la garganta me duele un poco, me arde; debe ser debido a los muchos cigarrillos que me fumé pensando en ella. Bueno, joven, me tengo que ir; hay una esposa que me espera y unos hijos, también. Mi esposa y mis hijos no tienen ni una puta idea de lo que le acabé de contar, pero, eso sí, joven, déjeme que le dé un consejo: lo mejor será que tenga cuidado, si algún día se le ocurre andar por los caminos; tenga cuidado de besar a las señoritas por los senderos, se puede terminar enamorando y, si eso le pasa, procure con rapidez recurrir a los poetas; no es que sirvieran de mucho para aliviar esas fatigas que nos causan los amores, pero lo peor de todo es ver enamorados y estúpidos al mismo tiempo; al menos, para una de las dos cosas le pueden ser útil.

Buena suerte, joven.

## EXTRAVIAR CAMINOS

El matorral se volvía cada vez más espeso, tenían que zumbarle con fuerza las ramas de los montes, que se encontraba de frente; las telarañas estaban por todos lados; se le pegaban en la cara, la boca, las manos, en todo el cuerpo.

La dificultad para dar los pasos se dejaba notar en toda su plenitud. Caminaba con paso lento. Tenía miedo, un miedo que le había llegado antes de extraviar el camino, antes de meterse desesperado por los matorrales llenos de zarza, de matas de mora, de pequeños arbustos espinosos, cabuyas tapadas por el monte y ese monte al que le llaman yaraguai.

La decisión de tomar ese feo atajo nada había tenido que ver con querer llegar más rápido a su casa. Siempre salía a las mismas horas del trabajo, donde cultivaba café, matas de yuca y otros productos del campo. Todos los días iba a quitar la maleza y a cosechar sus productos, además de quitar las hojas muertas de las matas de plátano y de banano, que cultivaba junto al café. Por el contrario, este atajo, que había decidido tomar, lo haría retardarse unos minutos más para llegar a su casa.

El hecho de extraviar el camino se debía a su enemigo, el más viejo de todos, el de las peleas a puro puño y otras veces a machete, que se daban en las fiestas de su vereda, cuando el trago les ponía la sangre ardiente. Aquel hombre, al que temía encontrar de frente en el camino, era su viejo enemigo, ese que nunca había podido matar, ni matarlo —la pelea entre los dos seguía viva—. Este camino y su soledad serían la disculpa perfecta para hacer brillar el filo de sus peñillas o los puños viejos y roñosos por el trabajo. Pero él ya era un viejo y estaba cansado, tan cansado que no tenía ganas de pelear con nadie. En el otro hombre, esa vejez aún no existía; ese señor era un tipo alto, de brazos fuertes y de un espíritu pleitero, que no dudaba en presentarse en todas las fiestas y lugares donde él se encontraba. Pero este hombre viejo, aun quería dejarle su cuerpo a la muerte bien puesto en el hueco.

Tomar un atajo era mejor a terminar muerto en ese camino. Pensaba en todo eso, mientras seguía dando pasos lentos entre los matorrales... Una rama había golpeado su cara. La furia con que quitaba y tiraba lejos aquellas ramas dejaba ver a un hombre agresivo y de temer, un hombre que, al contrario de lo que demostraba en aquel lugar, antes le había huido a la muerte. Los años en el campo le habían desarrollado un sigilo envidiable; de tanto caminar por los caminos, montañas y potreros, había aprendido a esquivar el peligro, una vez y otra vez.

Una serpiente dormía a un metro delante de él. Era una serpiente grande, que se cubría muy bien por los montes y las hojas secas de aquel matorral. La serpiente tenía dos colores, el blanco y el negro; era una “mata ganado”, así la llamaban los vecinos y los alrededores del lugar. Era una serpiente grande. Solo una vez, cuando aún era un peladito, había encontrado una serpiente igual a esta, pero, ahora, lo hacía por segunda vez en su vida y dos colores en un mismo cuerpo se cruzaban aquella tarde en el fresco de los árboles y el viento que deambulaba por aquel rincón del mundo, de ese minúsculo bosque que se partía por los

caminos, que conducían a todos lados. En esa pequeña montaña, una “mata ganado” reposaba a la sombra; estaba en medio de los matorrales que crecían debajo de árboles gruesos y viejos llenos de barbacha.

En su juventud, al estar con su padre, un día, debajo de unas piedras, una “mata ganado” dejaba ver su cola. Su padre había quitado las piedras con la pala, quien decía con algo de susto en las palabras y un poco de gozo, al mismo tiempo:

—A las serpientes “mata ganado” se las mata con esto, —eso le había dicho su padre, mientras le mostraba el machete, que sacaba cautelosamente de su vaina—. Esas malditas culebras son peligrosas, porque no se corren, esperan a que uno las ataque; luego, ellas intentan echar el mordisco y matarlo con el veneno; toca matarlas y no dejar que se vayan; no es bueno dejarlas “toreadas”, es peligroso; pueden morder a cualquier persona, sin hacerles nada; ellas van y, si alguien está cerca, lo muerden. Tendrá cuidado, m’ hijo, cuando salga solo al monte, —todo eso le había dicho su padre, mientras le cortaba la cabeza a aquella serpiente de dos colores.

Sacó el machete de la vaina que llevaba en su cintura, con miedo y, con cuidado y certeza, le lanzó el machetazo, para hacerle una gran herida. La “mata ganado” sufría sin saber nada, se movía de un lado a otro, sin saber cómo aliviar su dolor, sin entender la furia del filo que la había cortado; seguía moviéndose, era el final de su vida, el final de sus días de pasar dormida y escurrirse por los montes y los riachuelos cazando pequeños roedores, pero esta vez la muerte la había visitado en medio del monte, en medio de las hojas muertas de los árboles.

El hombre miró con lástima a la serpiente y siguió su camino por los matorrales para tratar de cuidarse de otra víbora. Después de unos minutos de caminar y de ver como el camino volvía aparecer por entre los montes que aún debía cruzar, se sintió feliz; ya se había olvidado de la serpiente muerta. Su machete aún olía a sangre, pero eso ya no importaba; había burlado una vez más a la muerte; eso era lo que, en verdad, importaba.

El portoncito de su casa se encontraba justo frente a sus ojos; era un portón de madera con unos palos gruesos y pesados, que costaba mucho trabajo abrir; empujó con fuerza la puerta y siguió caminando. En su casa, se podía ver el humo que salía por la chimenea; su esposa preparaba la cena con alguna leña seca; sus hijos estaban subidos en el árbol y chupaban unas naranjas; cuando vieron que su padre se acercaba, bajaron corriendo y entraron a la cocina, para contarle a su mamá que su padre acababa de llegar del trabajo.

## CUANDO FLORECEN LOS CAFETALES

H.L.

Don Hernán seguía sentado en la gradita que se formaba entre el corredor de su casa y la 'cequia donde caían las gotas de agua cuando eran días lluviosos. Era de tarde y don Hernán había pasado todo el día en revisar sus cafetales, que le daban la vuelta entera a la casa; eran unos cafetales hermosos. Don Hernán amaba sus plantas y sus árboles de café y, al parecer, las plantas lo sienten y crecen mejor —eso dicen algunas personas—, mucho más cuando se las quiere de la forma en que don Hernán lo hacía.

Don Hernán era un campesino al que le gustaba mucho el campo, pero el pobre hombre estaba enfermo; desde hacía mucho tiempo, un problema del corazón le tenía puesto un pie en la tumba y, a medida que los días pasaban, empeoraba; acostumbraba a cantar una parte de una canción que canta Julio Jaramillo, —“Y yo ya de vivir tengo pereza”—; no estoy muy seguro, pero creo que la canción se llama *Sendas distintas*.

Estaba cansado de la vida y de sus benditas enfermedades, pero eso no era impedimento para que siguiera adorando la tierra y sus cultivos, por los cuales salía a caminar en las tardes, cuando el sol cesaba; en las horas tempranas del día se quedaba en casa, pues el fuerte calor le hacía daño. Sus peones se encargaban del trabajo; él solo podía recorrerlos y a paso muy lento.

Don Hernán decaía a medida que los días pasaban. Su muerte era lenta. Afuera, en el corredor, su hijo seguía acostado en una hamaca. El joven lo miraba; en su mano continuaba abierta una antología de poemas de Raúl Gómez Jattin, que había dejado de leer.

—¿Qué será lo que más extrañes cuando mueras, viejo?,— le preguntó su hijo a don Hernán, quien con una mano se rascaba la cabeza y con la otra arrugaba unas hojas verdes de café.

Cuando florecen los cafetales,  
Se esparce por el aire  
Un olor profundo  
Que adormece a las almas,  
Son tan blancas sus flores,  
Y las abejas  
Son jovencitas que se contentan brincando de flor en flor.  
Cuando florecen los cafetales poco importa las grandes ciudades  
Y sus jaulas.  
Lo que a las plantas les cuesta  
Florece en la ciudad,  
En el campo lo hacen dormidas.

Después de esas palabras, llegó el silencio. Ni don Hernán ni el joven muchacho cruzaron más palabras ese día.



## LA MUERTE DE MILTON RATA

“Voy a escribir en mi diario  
Que voy vagando por el mundo,  
¡Ay, qué dolor tan profundo  
Vivir triste y solitario!”

**Diario de un borracho**

—Yo tomo porque se me da la gana y nadie tiene que joderme la vida; así que usted, señora, es mejor que se vaya y no me joda más, si no quiere que le zampe este trago en la cara.

Mire, señora, es que nadie sabe lo de nadie; usted no tiene derecho a decirme nada. Yo no soy ningún pendejo, para que pueda venir a insultar y a decirme cosas feas. Es cierto que estoy borracho, pero ¿soy, acaso, el único borracho en este bendito pueblo? Usted debería tomarse un trago y no joder a los demás, ¿o es que usted no lleva penas amargas por dentro? ¿Es que usted nunca se tomó un trago para no morir de tristeza? Tómese un trago y no me joda tanto la vida; se nota a leguas que es usted una mujer amargada y solterona.

Que diga que soy un perdido, eso me importa un bledo. Usted no tiene derecho a decirme nada. Yo soy un perdido y, como dice la canción, “yo vago en mi mundo, yo soy vagabundo...”, entonces, ¿cuál es la joda?; es mi problema; cada quien sabe qué hace con su vida y la mía yace enterrada hace mucho en el estiércol de la condena eterna. ¿Alguna vez oyó hablar de Zapata Olivella? Pero ¡cómo soy de bruto! ¿Usted qué va a tener idea de qué le hablo?

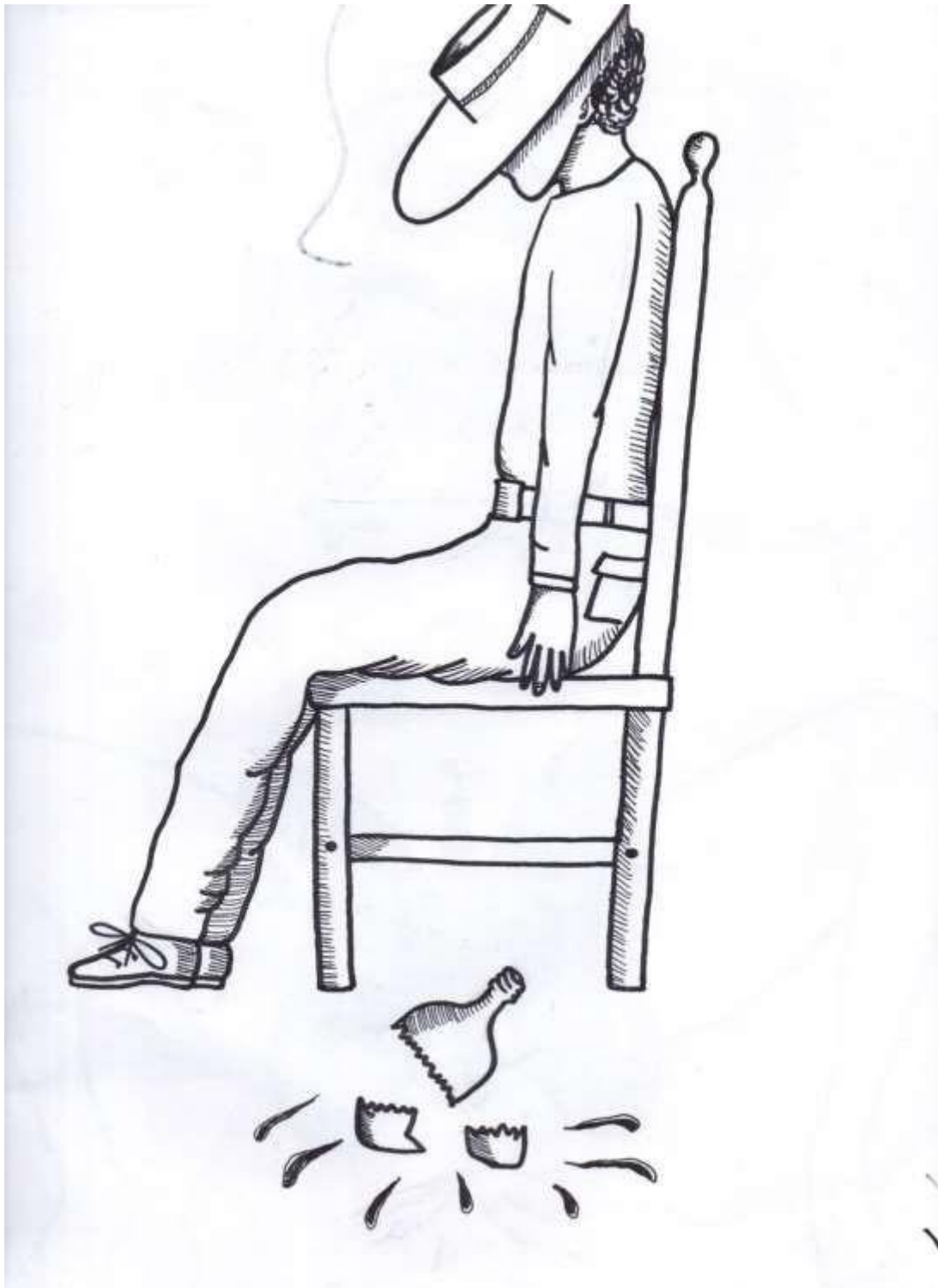
Usted, señora, deje de mirarme con esos ojos de rabia y desprecio. Uno no puede tomarse ni un bendito trago en este pueblo sin que le digan nada. Yo no siento vergüenza y seguiré sentado aquí, porque tengo una pena muy grande, que usted desconoce.

Yo vi morir a mi hija de frente, vi cómo se fue de mi lado. Estaba llena de sangre; hasta un pedazo de nalgas se le había arrancado con un vidrio de las puertas del carro.

Estoy borracho, pero nunca me olvido de lo que pasó ese día. No sabe cuántas veces he llorado y seguirán siendo muchas las veces que desgrane mi llanto en su ausencia. Me siento culpable y, en cierta forma, tengo la culpa. Yo dejé que manejara ese día, el día que a ese maldito carro viejo no le funcionaron los frenos. Es que, si yo pudiera hacer algo, mandaría a la mierda ese carro, le echaría candela, lo sacaría por pedazos y los tiraría al río.

Pero ella ya está muerta y el carro está lleno de polvo en mi casa. De todas formas, no tengo ánimos de hacerle nada a ese maldito auto; tampoco tiene sentido que lo haga ahora. Solo quiero seguir tomando; me cuesta vivir. Quisiera matarme, pero no puedo. No sé por qué diablos no puedo.

Venga, señora, ya que sigue ahí parada; mejor, siéntese un rato y me oye; ¿no ve que siento mucha pena y necesito a quien contarle mis pesares? Venga, siéntese.



**Figura 4.** La muerte de Milton Rata.

Mi hija era hermosa, una de las más hermosas de este pueblito de mierda. La quería demasiado, era mi única hija, y ella también me quería; me solía decir: “viejo querido”. Mi esposa se fue unos años antes, nos dejó; se fue con otro hombre, mucho más joven que yo, pero, bueno, eso ya no importa.

Ese día mi hija tenía ganas de manejar y yo le dejé hacerlo por bruto, por tonto, por imbécil. Es que mi hija lo era todo para mí. Ella siguió manejando por la carretera; parecía confiada y tranquila.

No supe cómo, pero de un momento a otro miré cómo el carro se salía de la carretera y caíamos al precipicio. Yo quedé muy herido, pero no era grave, pero mi hija estaba muy golpeada y sin nada de ropa y su nalguita estaba casi toda cortada. Mi pobre hija estaba llena de sangre y pegaba unos gritos durísimos; el dolor la estaba matando. Me duele la vida. No puedo hacer más que tomar y seguir tomando para calmar mi dolor.

A los dos días murió en el hospital; no se pudo hacer nada. Por eso tomo, señora, y seguiré tomando hasta que se me pudra el estómago de tanto alcohol; hasta que se me quemen los huesos, si es posible; hasta llorar aguardiente, hasta que se me explote el hígado y sea mi sangre un raudal de muerte y desolación.

Me gusta la música triste que habla de partidas y de adioses; también, la que habla de la muerte. Me gusta sentir el dolor en mis oídos. Me gusta el *Cajón de madera*, de Los Relicarios. Me gusta oír a Carlos Portela. Quiero estar siempre borracho y esas canciones me hacen tomar y tomar. Es justo que lo haga; la vida me pesa; me cuesta estar un día sin perderme en la bebida. Si trabajo, solo lo hago para poder tomar. Ya no puedo ser feliz, nunca más volveré a serlo. Nada me parece bonito, no existen recompensas ni triunfos para este pordiosero que pide alcohol. —Cuando desperté, la mujer ya no estaba; había huido con mis palabras; yo seguía con mis recuerdos. Desde el andén de una de las calles del pueblo, me levanté como pude y di unos pasos hasta una banca; aún tenía algo de aguardiente en la botella que sostenía en mi mano. Me senté, tenía mucho sueño, solo intenté dormir.

Dos horas después, unas personas dijeron que Milton Rata había muerto sentado en una de las sillas del parque. Murió su cuerpo de tanto alcohol; su alma vagabunda y solitaria había cargado con una gran pena por mucho tiempo.

## PÁJARO HARAGÁN

—Mejor ser haragán; esto de trabajar y hacerle nido a los hijos es cosa seria. No debí casarme tan joven; era mejor que me hubieran aplastado como a esos pájaros y dejado solo con el plumero, —eso me decía Manuel, mientras soltaba una carcajada—. Algunos aparecen al otro día muertos y destrozados por las llantas de los carros; parece que no tienen prisa en huir; las personas de estos lugares dicen que la luz de los carros los encandila y se quedan quietos, por eso aparecen muertos y destripados; la muerte los alcanza rápido; ahí no más quedan tirados, con los ojos brotados y el cuerpo destrozado.

Esto de que le pegue a uno el sol en la espalda y tener ampollas en las manos no es que sea bonito, pero, bueno, con el tiempo a uno se le ponen duras las manos y feas, también. Las personas le llamamos costumbre; uno termina acostumbrándose a todo, a madrugar a la cinco de la mañana, a trabajar como caballo, a todo. Mi esposa se levanta a las cuatro a prepararme la comida; me la empaca en un bolsito viejo que tengo junto a la chicha. Mi esposa, ella, es una buena persona; aún es muy joven y yo la quiero mucho; a veces me da pena de ella y de la vida que yo le estoy dando. Sabe, joven, eso de hacer bailar el machete en medio del monte, cada día, casi no tiene sentido; el dinero es aire y se esfuma en apenas unas horas, que son menos pesadas que las del jornal.

Miedo es lo que dan esas pequeñas aves silvestres; lo que tienen es pereza, son unas haraganas y le hacen honor a su nombre, ponen sus huevos en cualquier parte; es la pereza la que no las deja hacer nido ni nada; no son como las demás aves, que se toman bastante trabajo en hacerlos; como los curillos, por ejemplo, que hacen sus nidos debajo de las hojas de plátano, nidos hermosos, bellamente creados, con pequeñas tiritas de cascarón que, luego, entrecruzan con el pico en las hojas de plátano, para quedar, al final, colgados entre unas cuerditas.

Dicen que si uno coge una de esas aves y la guarda (otros dicen que con solo tocarlas), también se vuelve haragán, igualito a ellas, pero esas deben ser solo puras conversas de los viejos, porque mis abuelos sabían decir lo mismo. Antes les tenía miedo a esas aves; cuando me encontraba una en el camino, salía corriendo para que no me persiguieran. Esas cosas ya no las creo, pero bueno, es lo que decían... Yo aún no lo he comprobado y mi mujer tampoco es que me deje... Yo no soy ningún vago, joven; aprendí a trabajar desde muy pequeño; a mí me tocó muy duro; antes no era como ahora, que los jóvenes se pueden ir a estudiar; a nosotros nos tocaba sufrir verracamente. Cuando yo solo era un peladito de trece años, ya nos tocaba madrugar; después, era caminar varias horas con la pala al hombro y un puro, donde nos empacaban la chicha, y eso no era todo; al lugar donde íbamos, el calor pegaba durísimo; recuerdo que, en esos tiempos, me tocaba sentarme debajo de los árboles de pendo o de guayaco, cuando ya no aguantaba más la calor. —Su esposa nos miraba, mientras lavaba algunas ropas de los niños; parecían pañales y unos uniformes de colegio. Él seguía recostado en la hamaca, se mecía de vez en cuando y me contaba su historia. Tenía la piel quemada de tanto trabajo. Los niños correteaban de un lado a otro; no parecían darle importancia a las

palabras que decía su padre; él, por el contrario, sentía un arrepentimiento de haberlos traído a este mundo, pero a ellos parecía no afectarlos; seguían jugando con un balón viejo y gastado de tanto patearlo.

Era de tarde y el sol dejaba de alumbrar. En el aire, un olor a tierra seca se sentía con mucha intensidad. La casa estaba cubierta de árboles de mango, de los que colgaba una gran cantidad de sus frutos maduros. Las hojas marchitas de romerillo dejaban ver los estragos del fuerte sol que hacía en esos días.

Me despedí de todos ellos y salí deprisa; un mango maduro estaba en el suelo, lo recogí y lo limpié en mi chaqueta; le pegué un mordisco; era uno de los mangos más ricos que había probado en mi vida.

Ya casi no podía ver, estaba todavía lejos de casa. Mientras caminaba, una sombra de lo que parecía ser un ave pasó deprisa, por encima de mi cabeza, y se desplomó en la mitad del camino; solo era un pequeño bulto, que estaba adelante; seguí caminando y, de repente, alzó el vuelo de nuevo. Era un pájaro haragán, que salió volando del susto al ver a este bulto de carne fresca cerca de sus alas. Aunque no puedo decir con seguridad si me tocó, me pareció que me había rozado los pelos de la cabeza; un sustico sí me dio; ahora no sabré con certeza cuán haragán soy, pero desde ese día dejé de hacer muchas cosas, desde ese día dejé de salir a los caminos en las tardes, cuando empieza el crepúsculo, días en los que me gustaba ver a los pájaros haraganes que salían a esa hora, mientras oía *La última canción*, de Polo Montañez, y fumaba un cigarrillo en homenaje a los buenos días.

## UN PERRO MUERTO EN EL CAMINO

Era difícil subir por aquel camino tan empinado; sin embargo, los caballos todo el tiempo tenían que subir con grandes cargas, ya fuera de café o de otros productos que sacaban los campesinos de las tierras bajas cerca del río; ellos tenían que subir toda esa montaña tan extensa para llevar sus productos hasta sus casas y, luego, llevarlos a la plaza del pueblo los días de mercado.

El sudor me bajaba por la frente y sentía mojadas mis axilas; la camisa que llevaba puesta estaba llena de sudor, me dolían las piernas del cansancio y las manos sudorosas me ardían; me faltaba el aire, respiraba muy rápido, el corazón lo sentía palpar fuerte, la garganta estaba seca, tenía sed y ninguna gota de agua había para llevármela a la boca.

Seguí caminando serena, pero en ninguna parte se apartaba el sol; tampoco había ningún árbol donde refrescarse un poco del sofocante calor. Mientras seguía avanzando por el camino empinado, un olor nauseabundo me sorprendió de la nada; sentí cómo ese olor me entraba en la nariz; tuve que retroceder y hasta los ojos me dolían por aquel olor putrefacto, que parecía venir del mismo infierno.

Un perro muerto en la mitad del camino me había hecho retroceder y tapar la nariz con la camisa sudada que traía puesta. Había un vaho, como lo llaman las personas de estas tierras, que cubría todo el cuerpo pútrido del animal, sobre el que volaban las moscas.

Ese perro tenía los ojos brotados y los dientes le brillaban con el sol; tenía unos dientes blancos, como las hojas de papel que aún no se manchan con las letras de un poema, lleno de sangre.

Aquel perro muerto aún guardaba en su cara el dolor de la vida antes de morir. La gente acostumbra a servirles pedazos de carne o pan y les pone en medio un poco de veneno para que se mueran. Los gallinazos seguían revoloteando, sin aterrizar; tenían la comida servida en mitad del camino y solo esperaban a que me fuera, para acercarse a comer la carne podrida, llena de moscas y gusanos.

Recordé a Baudelaire y el poema *Una carroña*; lo había leído tantas veces, que era capaz de recitar algunas partes de memoria; me gustaba la última parte, aquella donde Baudelaire decía:

Entonces, oh bella mía, di a los gusanos que te comerán a besos  
¡que he guardado la forma y la esencia divina de mis amores descompuestos!

Era Baudelaire quien estaba en ese momento junto a mis huesos y mi sudor. Ese perro era un poema maldito de su creación; tenía en mi lengua la sensación de la putrefacción —era un genio Baudelaire— y, con mis palabras, seguía musitando aquel poema en mi cabeza, mientras observaba como al perro lo recorrían los gusanos, que parecían ríos que fluían de un lado a otro en busca de mejores sabores entre la carne podrida.



**Figura 5.** Perro muerto.

Me tapé la nariz y di un salto enérgico para no tocar al animal podrido, que yacía en la mitad del camino. Las moscas salían volando y chocaban contra mi cuerpo, confundidas por el gigante que había pasado por encima mientras devoraban con sigilo la carroña.

Me sacudí un poco pensando que algo del perro muerto y de su olor se me había pegado en la ropa; me limpié la cara, como si tuviera algo podrido en la frente, pero solo era el sudor.

Seguí caminando y le di la espalda al perro. Ahora, ni un solo ladrido había salido de su boca abierta.



## ¿QUIÉN CONOCE A VARGAS VILA?

Cerré el libro; eran cuatro páginas las que había leído. Seguí acostado en la hamaca que hacía algunos años había comprado y ahora colgaba de las dos pilastras del corredor de la casa.

Era un librito de Vargas Vila, de unas ciento cuarenta páginas, escritas por el escritor colombiano exiliado en Europa; el libro se llamaba *Los césares de la decadencia*, donde el autor desataba toda su rabia contra los gobernantes miserables y malditos de la América del sur (pero, para ese momento, era muy poco lo que había leído como para dar una idea más clara de lo que pretendía Vargas Vila con aquel libro).

Lo cerré, porque quería que el paisaje me arrojara un instante. Con las montañas al fondo, la sombra de los árboles de aguacates y carbonero cobijaban la casa del sol. Una ardillita mordisqueaba un aguacate; tras unos instantes, su fruto cayó al piso; por las ramas de estos árboles, las ardillas todos los días viajaban de un lado a otro en busca de comida.

Cuando leí *Ibis*, *Flor de fango* y *Aura o Las violetas*, de Vargas Vila, mi gusto fue mucho más grande que cuando leí sus libros de política, porque, en ese tiempo, estaba enamorado y regocijaba mi corazón con sus historias de amor; sin embargo, su hondo lenguaje era cautivante y pensaba seguir leyendo el libro hasta terminarlo.

Mientras mi mente se debatía en ese tipo de pensamientos literarios, mi padre se acercaba con paso lento y, al hacerlo, me saludo con una leve sonrisa. Él era una persona mayor, y sabía bastante de Julio Flórez y de sus poemas, llevados a la música por Julio Jaramillo; le gustaba *Flores negras*; la solía cantar acompañado de su guitarra, que hacía mucho tiempo le había regalado mi hermano mayor, pero de Vargas Vila seguramente mi padre no sabía nada; la intriga que me causaba pensar en ello era muy grande; al final, decidí preguntarle si sabía quién era Vargas Vila; su gesto fue de asombro, pero no parecía desconocerlo.

—Esos libros no toca leer, —me dijo mi padre—. Una vez un hombre se había puesto a leer esos libros de ese señor Vargas Vila y, luego, que no podía dormir, —decían—, y que se despertaba a la medianoche y que se iba a caminar como loco por todos lados y, cuando pasaba, en las casas, a esa hora, los perros le aullaban. Luego, tuvieron que llevarlo donde un brujo, para que lo cure; eso como que le tomó bastante tiempo para poder curarse... Usted no vaya a leer esos libros, m' hijo.

Mi padre no sabía que el libro que tenía en la mano era de Vargas Vila y que varios de sus libros ya los había leído. Oía con asombro a mi padre. ¿Eso era verdad? Algunos dicen que a causa de sus libros varios jóvenes terminaron suicidándose, pero eso que decía mi padre no era del todo cierto; uno no es el mismo después de leer un libro, pero a Vargas Vila había que leerlo varias veces, muchas veces más; había que leerlo incluso por obligación, pues era uno de los más grandes escritores de este país.

Me levanté de la hamaca y salí a caminar. Fui a todos lados, cuanto me fue posible. Aquel día estaba inquieto; quería saber si alguien más, aparte de mi padre, conocía a Vargas Vila.

Este lugar es pequeño, pero algunas familias aún se conservan; casi todos son mayores; los jóvenes se marchan, se marchan, y este lugar se queda solo, lleno de polvo, y los pocos habitantes cultivan algunas tierras, aunque la mayoría se está volviendo montañas y campos libres muy extensos.

Fue en vano mi búsqueda; ninguna respuesta a favor; nadie, aparte de mi padre y yo, conocía a Vargas Vila, todo estaba en mi contra; en esta tierra, todos estaban hundidos en su ignorancia; habían dedicado toda su vida al trabajo sin internar posar su mirada en un libro, pero no era su culpa y, aun así condene sus cabezas, porque solo me hablaban de cantantes que conocían, mas ninguno dio razón del afamado escritor, que yo había divinizado; todo estaba perdido, parecía no importarles quién era ese señor, por el cual yo preguntaba; unos estaban alegres en su ruina y otros cansados, pensaban solo en los trabajos que tendrían que hacer al día siguiente; sin embargo, seguí buscando en las casas que más pude, pero todo parecía indicar que nadie me daría una respuesta, estaba todo perdido.

Era de noche y seguía bajando por un camino ancho, que utilizaban para bajar caña en caballos y también cargas de café. Llevaba una linterna en mi mano y caminaba a toda prisa. Ya daba la medianoche y seguía caminando. La luz de mi linterna en medio de la oscuridad debía parecer la de un alma en pena que vagaba por esos caminos, el alma en pena de alguien que hacía mucho tiempo había muerto.

Los perros de las casas vecinas me ladraban, mientras, asustado, trataba de aligerar el paso y llegar lo más pronto posible; recordé las historias de miedo que me solía contar mi padre; de niño, me habían criado con ese temor a la oscuridad y a ciertas horas de la noche, sobre todo a la medianoche; según como me decían mis padres, era cuando salían los espíritus. De niño, siempre fui un miedoso; ahora, de joven, lo sigo siendo, aunque un poco menos; los fantasmas con los que lucho son diferentes, no vienen de afuera, ni están solo en la noche, están adentro y no me dejan dormir; me asustan, me hablan al oído.

Cuando llegué a mi casa, era un poco más de la medianoche, todos estaban dormidos y la hamaca se mecía por el viento que soplaba un poco fuerte. El libro de Vargas Vila seguía en medio de la mecedora; me acosté junto a sus palabras, lo abrí de nuevo y deslicé cada una de sus hojas. La luz del patio seguía encendida; en el interior de la casa, mis padres dormían tranquilamente, nadie me acompañaba a esas horas; el sueño moraba en otras tierras lejanas; pensé en que tal vez mi padre algo de razón tenía en sus palabras, hacía frío y no podía dormir. Salí de nuevo, apague la luz de mi casa y caminé en medio de la oscuridad; no podría decirlo con certeza, pero creo que los libros que había leído de José María Vargas Vila tenían la culpa de mi insomnio.

## LOS ESPANTAPÁJAROS NO VAN AL CIELO

“Mañana seré libre  
me dice el corazón  
Mañana levantaré el vuelo  
lejos de este lugar  
encontraré el cielo  
encontraré los ángeles  
encontraré a Dios  
—¡Qué va! No vas  
a parte alguna  
porque el cielo  
lo llevas en ti.”

**Raúl Gómez Jattin**

La costumbre de las personas de aquellos lugares inundados de campo era ir a traer choclos para echarle a la sopa y, también, cocinarlos. El choclo asado es muy sabroso. Las personas del campo acostumbran a asarlo en las hornillas; mientras preparan la comida, ponen las mazorcas cerca de las brasas y las van volteando de vez en cuando para que no se quemen.

En la vereda, llamada Humero, don Efraín comía un choclo asado; estaba sentado en un tronquito que había destinado como asiento. En la cocina, las brasas y unos pocos leños seguían encendidos en la hornilla, algunos cuyes correteaban por entre las ollas y las canecas que tenía olvidadas; los pequeños roedores comían algunas yerbas que, en horas de la tarde, don Efraín había cogido en un pastizal cerca de su casa.

Don Efraín vivía solo, nunca tuvo hijos; nadie lo visitaba, salvo las personas que iban cada mes puntualmente a dejarle los recibos de la luz. Eran pocas las personas que pasaban cerca de su casa y ellas solo pasaban. Don Efraín solía pasar las tardes sentado en su tronquito mientras remendaba sus camisas rotas; con cada sonido de la aguja en la tela tejía sus recuerdos e hilaba sus días en la majestuosidad de las tardes llenas de inmensas preguntas vacías.

Los días domingos se arreglaba para ir hasta El Peñol, que era un pueblito cercano a su casa. El Peñol era un pueblo vacío, de calles sin pavimentar y pocas casas a la redonda. Las personas acudían todos los domingos, como en muchos pueblos, a misa y, de la misma forma, don Efraín lo hacía; además de asistir a su ritual religioso, compraba algunas cosas para preparar sus comidas; después de comprar la remesa, comenzaba la marcha por el largo camino hasta su casa. Don Efraín se había convertido en un hombre al que los años le estaban cobrando su dureza y le dolían las piernas cada vez que subía por el empinado camino, cargada al hombro su estopa blanca, donde llenaba la remesa.

Un día, mientras caminaba rumbo a su chagra de maíz, observó una bandada de loros que salía volando con rapidez del maizal y hacía un fuerte ruido. Cuando al fin llegó, mucho del maíz había sido víctima de los loros, que habían dejado a su paso granos de mazorca en el suelo. La rabia lo invadía. La mirada furibunda dejaba ver su desespero. Quería matar a todos esos loros, pero las astutas aves habían volado deprisa y así evitaron dejarse acabar por don Efraín, que les lanzaba las piedras como si quisiera golpear las nubes; al mismo tiempo,

lanzaba palabras soeces y maldecía a aquellos loros del demonio, que se comían su chagra; les gritaba y quería matar a los pajarracos con sus gritos; esperaba que las palabras, en un soplo, dieran muerte a todas las aves, que caerían difuntas sobre su maizal; esa sería su venganza, pero las palabras son barro y sus brazos ya estaban demasiado viejos como para atravesar la curvatura del aire y dar con sus presas.

Cuando llegó la noche, don Efraín no regresó a su casa; su estadía noche la pasó en el ranchito donde dejaba algunas herramientas para el trabajo. Pasó gran parte de la noche construyendo un espantapájaros, para espantar a los loros. Tenía el presentimiento de que los loros volverían al día siguiente; al saberlo, decidió no regresar a casa, mucho menos pudo dormir y, entre divagaciones, se sumergió en recordar su vida, su pasado, su juventud, sus días de niño, aquellos recuerdos que aún guardaba en la memoria; recordó a sus padres; recordó cuando, todavía un niño, lo llevaban de paseo a los pueblos cercanos a visitar a las Vírgenes y santos en las iglesias; y la congoja se apoderó de su ser, lo apretaba la noche, tenía tristeza de la buena; se puso a llorar y, en medio de tanto recuerdo, de tanto silencio, nadie le dio consuelo.

A la luz de una vela, seguía construyendo el muñeco con ropas viejas, que había dejado después de trabajar; eran casi inservibles, pero le servirían para salvar su maizal. Después de haber terminado el espantapájaros, decidió dormir en medio de unas cajas de cartón y unas tablas que había puesto para cubrirse del frío. El techo de aquel rancho era de zinc viejo y tenía algunos rotos, por donde entraba la luz de la luna.

En la mañana, cuando apenas el sol empezaba a salir, colocó, en la mitad de la chagra de maíz, al espantapájaros, divisó los aires y se marchó.

En la tarde, volvió con más ropas, para hacer unos tres o cuatro espantapájaros. Cuando llegó al maizal, vio cómo los loros salían de nuevo volando sin dar ninguna espera ni posibilidad de que el viejo pudiera castigarlos. De nada había servido el espantapájaros que había dejado colocado en la mañana; el espantapájaros estaba solo y ningún loro lo respetaba; lo habían burlado y humillado; entonces, don Efraín volvió a correr por los surcos del maizal, en el intento de ahuyentar a los loros, que seguían comiendo del maíz.

A la mañana siguiente, eran cuatro los espantapájaros que custodiaban el maizal; había pasado toda la noche tratando de arreglarlos de la mejor manera y así parecieran lo más reales posibles. Esta vez, se fue contento a su casa; se fue pensando que ahora sí podría ahuyentar a los malvados loros que se comían su maíz; esta vez no alistó más ropa, pues estaba convencido de que, por fin, los malditos pájaros se largarían.

En la tarde, mientras caminaba de prisa, de vuelta a la chagra, notó como, de nuevo, los loros producían un ruido que perturbaba la tranquilidad vespertina. Esta vez, ni los cuatro espantapájaros que había dejado colocados en la mañana pudieron hacer algo; ni acaso causar un poco de miedo a los pajarracos; estaba perdido, nada parecía mejorar su situación. Regreso rápidamente a su casa y guardó en una estopa toda la ropa que tenía en el armario, sacó algunos fósforos y las velas que guardaba en una pequeña repisa, que se encontraba en la cocina; debajo de la hornilla tenía varias latas de atún y sardinas vacías; las recogió y las

metió en la estopa; llevó un poco de la chicha que tenía en la caneca, se la colgó en el hombro y se fue rápidamente al maizal; esta vez estaba decidido a sacar volando de una vez por todas a los desgraciados pájaros, que tanto le estaban jodiendo la vida.



**Figura 6.** Los espantapájaros no van al cielo.

Pasó toda la noche buscando varas delgadas para hacer sus nuevos muñecos, que irían junto con los otros espantapájaros y estos sí ahuyentarían a los loros. Toda la poca ropa que tenía, se la había puesto a los espantapájaros, para que vigilaran el maíz. Les colgó las latas de atún y de sardina en los brazos de palo y en la cabeza les puso sombreros viejos, que había encontrado en cultivos cercanos, que los trabajadores iban botando, porque ya estaban viejos e inservibles

Nada de esto le sirvió. Cuando regresó al maizal, los loros seguían devorando su cultivo; esa era su derrota, se sentía vencido, incapaz de seguir con esta lucha perdida; parecía no tener resultado, casi todo el cultivo se había perdido; solo le quedaban unas pocas mazorcas, pero era cuestión de tiempo para que los loros terminasen con todo.

Don Efraín era un hombre fuerte; debido a la soledad de la vida, pocas cosas le causaban tristeza; esa soledad lo había vuelto un ser capaz de soportarlo casi todo. Sin embargo, esa noche, sollozaba y sentía una tristeza tan profunda, que pensó en todos los hombres y las ridículas formas de estar vivo; casi nada tenía sentido, la vejez le pasaba cada día; pronto llegaría el momento en que ya no podría hacer nada más, como cultivar maíz, cocinar, preparar su chicha con jura; seguiría solo y moriría solo. Esa noche, nada lo acompañaba; sus recuerdos dormitaban y su vida estaba perdida.

Cuando el día amaneció, don Efraín tomó todo el hilo que encontró y amarró a cada uno de los espantapájaros a sus manos, con la idea de que, al moverlas, todos se moverían y producirían ruido por las latas que colgaban de los brazos de los muñecos de palo.

Desde ese día, don Efraín no volvió a su casa; se quedó ahí, con sus espantapájaros, en espera de la llegada de los loros; se había convertido en espantapájaro, se movía al mismo ritmo de los demás, los dirigía, les daba órdenes, les hablaba y les cantaba canciones de Oscar Agudelo, Olimpo Cárdenas, Guillermo Buitrago y Los Relicarios y, también, de Los Realeros de San Juan; don Efraín, ahora el hombre espantapájaro, todavía sentía y se emocionaba cuando cantaba esas canciones.

Los loros nunca se fueron, jamás lo respetaron, ni a sus espantapájaros. Los loros terminaron por comerse todo y don Efraín no volvió a casa; seguía ahí, parado, se movía como un muñeco con el vaivén del viento; parecía no oír nada; las personas se asombraban con su presencia y sentían miedo de verlo todos los días en el maizal, inmutable; solo en las noches se dejaba caer entre la maleza, que crecía cada vez más; dormía en mitad de los montes, a merced de los mosquitos y toda clase de bichos; eran varios días que ya no comía y su cuerpo estaba en los huesos, las piernas le temblaban, no tenían fuerza para sostenerse; estaba famélico, se estaba muriendo, parecía no darse cuenta y tampoco importarle; solo tomaba agua de las mangueras que llegaban a los cultivos

Después de varios días de no comer, una mañana, ya no fue capaz de levantarse del piso; seguía acostado entre la maleza que crecía y crecía, el maíz estaba seco y él ya no pudo seguir moviendo los hilos que lo conectaban con sus hermanos espantapájaros.

Su respiración parecía perderse en medio del sonido que el viento producía con el movimiento de las hojas secas del maizal. A nadie parecía importarle, estaba solo y siempre lo había estado; estaba muriendo y sus palabras pronto se convertirían en carroña.

El cielo estaba azul y los loros volaban en lo alto, lejos de sus manos. Don Efraín abrió los ojos y miró a la lejanía, que estaba completamente azul; sintió demasiado frío en su cuerpo; tuvo algo de fuerza para sonreír —eran las últimas fuerzas que aún lo acompañaban—. Su mirada seguía puesta en el azul del cielo, donde algunos loros aún volaban. Mientras dejaba de respirar, se acordó de Dios, de Satanás, del cielo y del infierno. No sentía ningún susto de llegar a otro lugar, no tenía ninguna razón para asustarse; siempre había tratado de ser bueno; estar en el cielo y con Dios, esa sería su recompensa.

Pero, cuando murió, no fue a ningún otro lugar; se quedó en el vacío, o la nada, que pueden ser lo mismo. Era natural que a don Efraín le sucediera, pues, como se sabe, los espantapájaros nunca van al cielo.

## LOS MUERTOS TAMBIÉN REGRESAN

“La gente tiene más temor a la muerte que al dolor. Es extraño que teman a la muerte. La vida duele mucho más que la muerte. Cuando la muerte llega, el dolor termina.”

**Jim Morrison**

Nelsy había muerto en el 2002; un lamentable accidente de tránsito la había separado de nuestras vidas. De siete hermanos, Nelsy era la cuarta hermana. Era una muchacha muy alegre, por lo poco que recuerdo y, en verdad, es muy poco lo que recuerdo de ella; para ese entonces, yo solo era un niño, demasiado pequeño.

Ella murió muy joven; no debía tener más de diecinueve años cuando se fue de nuestro lado. Cuando ella murió, ese día también se fueron de este mundo mi sobrina, que no debía de tener más de cuatro años, y el esposo de mi hermana. Los tres murieron esa tarde.

Como ya lo mencioné, yo solo era un niño muy pequeño; la muerte de mi hermana y de mi sobrina no me sorprendió; estaba en mis mejores años y la muerte, para ese entonces, parecía no afectarme tanto como ahora. Ese día no lloré; aunque mis demás hermanos desgranaban su pesar en lágrimas y sollozos, yo no pude hacerlo. Ahora que lo pienso, años después, cuando leí *El extranjero*, de Albert Camus, pude recordar lo que había pasado en mi vida a los siete años; la muerte de mis familiares no me había dolido; de la misma forma en que Meursault ignoraba la muerte de su madre, yo había ignorado lo ocurrido. Para ese entonces, nadie se percataba de las lágrimas de un niño de siete años.

—Cuando los adultos hablan, los niños hacen silencio, —es lo que suelen decir las personas; así mismo, cuando los mayores lloran, los niños debían de guardarse sus lágrimas; el dolor de los adultos era más importante; era lógico, yo tenía que jugar y vivir; era el pequeño superhombre y tenía que mencionarlo, pero esa indiferencia tan temprana parece haberse desvanecido; quizás, el superhombre de ahora, solo es una marioneta de sus sentires.

Recuerdo que llegaron en un carro largo y blanco —ahora sé que esas cosas se llaman funerarias y sirven para llevar a los muertos en los ataúdes—; todo el mundo lloraba y sentía tristeza; yo sentía una gran impresión y me admiraba ver tanto sufrimiento junto; es sorprendente ver como las personas sufren por la muerte. La muerte está en todos lados, es inevitable, incorruptible; no se puede hacer nada; lo único es aceptarla sin tantas lágrimas...

Pero todo lo extraño sucedió siete años después de la muerte de mis familiares; para ese entonces, yo había crecido y cursaba la secundaria. Era el típico joven que no sabe nada, que le gusta pasar el tiempo jugando fútbol y pensando en obscenidades e idioteces al mismo tiempo.

Un señor decía que mi hermana se había aparecido en su casa por dos noches. Su hijo menor fue quien la miró; según lo que decía aquel hombre, mi hermana se le apareció a su hijo con un vestido blanco; se cubría un poco la cara, pero estaba seguro que era ella; según dice, esa



noche, mi hermana no había cruzado palabras con el muchacho, pero la noche anterior, había vuelto a aparecer; dicen que llevaba el mismo vestido blanco y el velo algo transparente sobre su cara; además, esta vez había ido hasta su cama y sus manos estaban de sangre; en medio de ellas tenía unos huequillos, por donde las gotas de sangre caían al suelo. El joven decía que mi hermana le pedía que se fuera con ella, mientras le mostraba las manos llenas de sangre.

En lo que a mí respecta, no lo podía creer con certeza, pero lo cierto es que, esa misma noche, fuimos hasta la casa de ese señor y, cuando llegamos, ahí estaba el joven, en la mitad de la pieza, esperando. Las gotas de sangre estaban desde la entrada de la habitación y continuaban hasta el canto de la cama del joven; algunas eran grandes, gotas de sangre muy claras y secas. El padre del pueblo les recomendó limpiar las gotas de sangre con un poco de agua bendita untada en algodón; luego, escurrir la sangre dentro de una botella y llevarla hasta la tumba, donde reposaban los restos de mi hermana.

Mientras el joven realizaba ese ritual con algunas alabanzas a Dios, yo seguía de pie a un lado de la habitación, algo impresionado por aquel hecho fantástico, falso, salido de mis posibilidades, pues me costaba aceptarlo; sin embargo, ahí estaba el joven, unos años mayor que yo, pero creyente, que limpiaba las gotas de sangre que, al parecer, eran de mi hermana.

Lo cierto es que nadie se preguntó si con esas gotas se hubiera podido hacer un análisis más profundo, si era posible encontrar alguna conexión de aquellas gotas de sangre con nuestro ADN y así encontrar similitudes o diferencias. Nadie dijo nada, nadie quiso hacer nada, ni siquiera yo. Fue algunos años después cuando pensé en esa posibilidad, que ahora es irrealizable.

Desde ese día, nunca más se volvió a decir nada sobre mi hermana. Ella nunca más apareció en esa casa o, por lo menos, nunca más dijeron nada. Lo importante, de aquella noche, era que mi hermana ya nunca más volvería. Al final, nunca se supo a ciencia cierta si esas gotas eran de mi hermana. Por mi parte, nunca he tenido la fortuna de soñarla y creo que ya no la tendré; a mis años, es difícil soñar cosas bonitas.

## ECLIPSE

Puede parecer una historia muy simple, pero es de simples historias la historia de la humanidad. Trataré de contar esto tal como a mí me lo contaron.

Era un día como muchos en el campo, lleno de trabajadores por todos lados y soledades infrahumanas; era un día común, uno en el que seis, de tantos trabajadores, se disponían a ganarse el jornal bajo el sol, en medio de un cañal, aun tierno. Como saben aquellos que trabajan la tierra y que tuvieron la desdicha, o dicha, no sabría a ciencia cierta lo que se siente, de trabajar en medio de un cañal, lo cierto es que sus hojas cortan y tienen espinas que se pegan en las manos y la ropa. Todo ese estado de humanidad es desastroso e hiriente; hay quienes son afortunados y no tuvieron que experimentar estas desdichas. El sol pega todo el día en los cañales, las manos se cortan todo el tiempo, la sangre sale de las manos y los brazos. Los guantes hacen ver a los hombres cursis y maricones, así que casi nadie los utiliza. Tomar y descansar antes que toda la banda es un síntoma de debilidad y de mediocridad en el trabajo; es decir, no eres un varón de verdad; por eso, la mayoría se aguanta; quieren demostrar su fuerza y poderío con la pala.

Pero esta vez era diferente; estos seis hombres eran trabajadores de un pequeño cañal, que debían de limpiar antes de que llegara el invierno; de lo contrario, ya no serviría de nada quitar el monte, volvería a crecer ahí mismo, por el agua y la tierra húmeda.

En esta historia, existía un patrón de corte; para aquellos que no están muy relacionados con estos escenarios, un patrón de corte lidera el grupo, pero no es el dueño del terreno; se puede decir que en él se confía más que en el dueño de los cultivos y las tierras. El mediero se llamaba Miro Valencia, un hombre no muy mayor, que siempre estuvo al servicio del dueño —el hombre en el que siempre depositaba su confianza—.

Los hombres trabajaban cómodamente; el patrón de corte no era el más exigente de aquellas tierras, nunca pretendía hacer más de lo necesario. Ese día, un eclipse lunar se presentaba, uno de los más largos y extraños que casi nunca suelen suceder. El sol se perdió desde las doce del mediodía, y no terminaría sino hasta las dos de la tarde. Miró Valencia y les dijo a los trabajadores que trabajar en el momento del eclipse era malo, así que decidieron reposar a un lado del cañal, bajo un árbol grande de carbonero.

A don Miro Valencia no le gustaba mucho trabajar y el eclipse era una buena excusa para no hacerlo, por lo que pasaron las dos horas del eclipse descansando y los peones se habían recostado y se cambiaban de puesto, en busca de mejores lugares para reposar.

Luego de dos horas, el eclipse terminó. Ya eran las dos de la tarde, se levantaron y siguieron trabajando. El sol volvía a salir y hacía calor con más fuerza; había pasado media hora y eran horas de tomar; sacaron la caneca grande de chicha, que estaba tapada con unas hojas de plátano, para que no le llegara el sol. Tomaron gran cantidad de vasos de chicha y siguieron contando historias. El tiempo pasaba. Por lo general, se debe descansar una media hora

mientras se toma, pero a estos seis caballeros el tiempo se les pasaba entre historias chistosas y cierto morbo de por medio.

Eran las tres y media de la tarde y aquellos hombres seguían sentados; cuando el patrón de corte miró el reloj, era poco el tiempo que tenían para trabajar, así que don Miro ordenó ir por las palas al lote y todos se marcharon.

Esta historia me la contó uno de los trabajadores en medio de risas irónicas y carcajadas. En todas partes del mundo existe la perspicacia. Hay días en que nadie quiere trabajar y solo un eclipse puede salvarnos de esa desgracia de ser y tener que hacer, sin saber cómo, ni por qué, aunque solo fuera por instantes. Estas cosas del mundo nos salvan y nos refrescan un poquito.

## FIN DE AÑO

“Yo no olvido al año viejo,  
Porque me ha dejado cosas muy buenas.  
¡Ay!, yo no olvido, no, no, no, al año viejo,  
Porque me ha dejado cosas muy buenas.”

**Crescencio Salcedo**

Eran las diez de la mañana de un día domingo; corría el año 1975.

Don Manuel y sus vecinos no se encontraban en sus casas. Todos estaban reunidos en la casa de don Rodrigo. Era el último día del año y había que preparar las cosas para salir, en horas de la tarde, a caminar y entrar a cada una de las casas con el año viejo al hombro. El recorrido empezaba a la una de la tarde; algunos de los encargados de esta función pasaban las horas de la tarde en escribir el testamento que el año viejo dejaba, que se leería a medianoche. Las otras personas se encargaban de preparar los vestuarios que se utilizaban en el trayecto; algunos hacían vestidos de estopas de plástico; eran los llamados monos, que acompañaban al viejo; los monos sacaban las vejigas de los bueyes muertos y las inflaban; las utilizaban para pegarle a las personas que se encontraban en las casas por las cuales el viejo daba su último paseo.

La vieja y el diablo acompañaban al viejo. Las personas gastaban gran parte de tiempo en preparar el muñeco con trapos y hojas de plátano. Le llenaban hojas secas y algunas chilpas viejas que ya nadie se ponía. Muchas veces le daban el nombre de un personaje típico de nuestra historia.

Llevaban gran cantidad de bebidas para darles a los monos, a la vieja y el diablo. Las personas de aquella vereda siempre se mostraban entusiasmadas para aquel día; esperaban con grandes comidas y bebidas al viejo; era su último día y lo despedían como Dios manda.

Don Manuel y sus amigos empezaban el recorrido en las primeras casas; la chicha y el chucunés no se hicieron esperar aquel día. En otras casas les regalaban comida y dinero a esos hombres que, disfrazados, pasaban horas enteras recorriendo las casas. Al final del día, cuando empezaba la noche, llegaban hasta la escuela de la vereda, donde los esperaban las demás personas. Los músicos también caminaban junto con todo el grupo; eran tiempos de alegría, de festejo, de carnaval. Los niños, asustados, se escondían en las piezas de las casas cuando la bulla se acercaba y el tropel de todos esos hombres, vestidos con estopas y máscaras desagradables, los perseguía por toda la casa.

Mientras pasaban las horas, la borrachera se volvía cada vez más certera; la cantidad de chicha y guarapo que se habían tomado los dejaba borrachos. Algunos de los monos y acompañantes del viaje ya no tenían fuerzas para terminar el recorrido y renunciaban; unos quedaban dormidos en los caminos, otros llegaban a las casas y terminaban acurrucados en las bancas grandes que estaban en el corredor o en el patio.



**Figura 7.** El Año Viejo malicioso.

Don Manuel se parecía a Sócrates; era el único que llegaba cuerdo a la escuela de la vereda; según dicen las malas lenguas, Sócrates nunca se emborrachaba cuando tomaba vino; así mismo, don Manuel sabía aguantar como un condenado; tomaba todo el trago que le sirvieran y nunca terminaba dormido o llevado del putas. Ni los músicos se salvaban de esas borracheras tan verracas de aquellos años. Don Manuel decía que aquellos tiempos habían sido los mejores, que antes sí se celebraba de buena manera; aunque no faltaban las peleas entre compadres y amigos, eran buenas fiestas; se despedía el año como se debía, con los brazos estirados y las piernas sueltas de alegría.

—Por aquellos tiempos, se tomaba demasiado, —dijo don Manuel—, pero también se rezaba y se celebraban novenas; tanto así que hace 24 años nos visitó el obispo y con él subimos el camino que llevaba a la escuela, donde tenemos la capillita que el señor Obispo nos bendijo. Él nos visitó, porque éramos demasiado devotos y entregados a las cosas de Dios.

Pasaban la noche bailando con música de cuerda; en ese entonces, no existían las grabadoras o equipos de sonido, ni existía la luz por aquellas tierras; las velas y lámparas permitían el festejo en las noches de fin de año.

A medianoche, los que aún sobrevivían a las cantidades de licor acumulado en el cuerpo, de las mezclas de chicha, cerveza, aguardiente y guarapo, sacaban el año viejo al hombro y algunos entonaban la canción *Faltan cinco para las doce*; las mujeres salían con sus esposos y los hijos en los brazos, y otros se sostenían de los vestidos de sus madres y cogidos de las manos presenciaban el final del año y el inicio de uno nuevo. Aquellos niños sabían estar confundidos un poco por los sucesos; la corta vida no les permitía entender los festejos de sus padres y de los mayores, que encendían un viejo de chilpas y zapatos gastados, relleno con hojas de plátano secas, un viejo que daba brincos cada vez que la pólvora explotaba dentro de su cuerpo.

Las personas festejaban este espectáculo y se abrazaban unos con otros para celebrar el nuevo año, que era incierto, que era mentiras. No todos los días se tenía un nuevo año, que era escasamente un solo día, porque los demás días venían como una avalancha de incertidumbres, pero se tenía que vivir sin poder echar un pequeño vistazo a los demás días, en los que no había rendijas que permitiesen ver una sombra o mueca del futuro.

Don Manuel, de camino con sus amigos por aquellos senderos llenos de historias, caminaba con esos personajes vestidos de monos, de vieja y de diablo, con el año viejo, en las cuestas y bajadas de la vereda; con la chicha, el aguardiente, la cerveza y el chucunés en el estómago, se daban un encuentro con la eternidad; pero fueron varios años los que continuaron pisoteando aquellas piedras y terrones que se desmoronan en los caminos que, con el transcurrir del tiempo, se van llenando de monte y, de algunos, solo queda un leve rastro de lo que fueron. Caminos olvidados y perdidos, caminos sin nombre ni memoria.

—“Todo empieza y todo acaba”, —decía Machado. Don Manuel murió hace unos años y nunca más volvió a recordar su pasado. Las historias se mueren y se mueren las alegrías. Los años desaparecen y ya no quedan lágrimas en este cielo de recuerdos.

## HOJAS MUERTAS

Bajé del bus que me había llevado por tres largas horas casi insoportables. Había pasado el viaje entero mirando pasar carros, casas, árboles y enormes cultivos de cebolla y pimentón. En mi mano tenía un librito de Bukowski. Sobre mis hombros, una maleta pesada me hacía doler la espalda.

Era un calor del putas el que hacía en el pueblito; al parecer a Dios se le había olvidado que detesto la calor; sudaba hasta por las uñas de los dedos. El cuerpo me fastidiaba; pensé en fumar, pero me era imposible; el calor no me lo permitió.

El bus, en el que viajé, olía espantoso, un poco a mierda; sentí un gran alivio cuando respiré el aire puro de aquellas tierras por donde pasaba un viento que me refrescaba la cara.

Crucé la carretera con rapidez, me acerqué hasta una casa, una casa muy bonita, con cerámica en la entrada y las paredes pintadas de un verde claro, que la hacían sentir refrescante con solo verla. Era una tienda y su letrero estaba puesto en la pared, cerca de una de sus ventanas. Algunas cervezas estaban dentro del refrigerador; algunas golosinas y papas fritas estaban empacadas en una de las repisas de la tienda; también había cosas como arroz, azúcar, sal, pan, entre otras cosas, pero yo solo quería una cerveza. A fin de cuentas, no sabía qué hacía en aquel pueblo, no era mi destino, ninguna parte lo era; solo quería salir corriendo de mi esposa, con quien ya no soportaba vivir ni un maldito minuto más.

Llamé a la puerta con la esperanza de que alguien me respondiera y saliera para atenderme; esperé un momento y volví a llamar. Desde adentro de la casa, una vocecita me indicó que esperara; era la voz de una señorita; por aquella voz supuse de una gran belleza. A veces la voz de alguien, erróneamente, describe un cuerpo; hay figuras que pueden ser hermosas y frágiles, con una voz que endemoniadamente atrapa entre palabras y, luego, escupe sobre el filo del averno o, por el contrario, hay voces con algo de fealdad que, sin pensarlo, afectan las vísceras y, tiempo después, solo bebes de su copa.

Tras un instante, salió una bella mujer, muy joven; debía estar empezando a vislumbrar las cumbres de la adolescencia, sus jóvenes senos cubiertos por una blusa simple y un pequeño sostén. Tuve la enorme sensación de correr hacia ella y apretarla con fuerza. Era una blusa simple, muy adecuada para el calor de aquel día, cuando el sol disparaba ráfagas de fuego; todo era insoportable, excepto ella. Tenía unos deseos tremendos de tocarle los senos y algo de arrechera me punzaba en la entrepierna. A esos senos, los acompañaba un bello rostro, que desgranaba beldad desde su boca; eran unos labios grandes y muy rojos; tenían la bella imagen de un gran corazón; eran unos labios gruesos y húmedos, labios jugosos y deliciosos; su piel canela. Aquella señorita podría enamorar a cualquier pendejo —pensé—; yo estaba al borde de la locura con su presencia.

Había olvidado por completo la cerveza y el calor del pueblo. La joven no debía de tener más de dieciséis años. Ella sudaba, por el intenso calor; unas gotitas de sudor resbalaban de su

frente, su piel parecía estar toda húmeda. Aquellas gotitas que se desgranaban por su cuerpo la mostraban a mis ojos más deseada y fuente de júbilo. Era una jovencita muy deseable. Sus piernas gruesas y limpias de cualquier vellosidad me estaban matando de las ganas.

Recordé a mi esposa y sentí miedo de volver a encontrarla. Era una mujer despreciable, que cuestionaba mis aires de artista; despreciaba las palabras que escribía en cuadernos enteros, que yo llenaba en las noches. Mi esposa nunca entendió mi amor por las letras, por eso la despreciaba y la desprecio —carga sobre mis hombros una angustia por las mentes vacías, que no sueñan en el rincón de su vida con algo más que el dinero—.

—A la orden, —me dijo la jovencita de mirada hermosa y cuerpo divino. Le pedí una cerveza, con mucho temor de verla a los ojos; a ella parecía no importarle nada de eso; seguía muy tranquila y me mostraba su belleza como castigo para un condenado, un hombre que solo escribía carticas y poemas a esos amores imposibles que se habían ido hacía mucho tiempo.

—Detesto la calor, —dije en voz alta; ella sonrió y me pasó la cerveza; le entregué un billete; ella se volvió para buscar el vuelto que sobraba; tenía unas nalgas que se movían tranquilas, como si estuvieran sueltas en el cielo, parecían flotar en el aire. De seguro Dios me estaba castigando con aquella mujer tan hermosa, de aquel pequeño y triste pueblo. Quería tocárselas y tenerlas largo tiempo entre mis manos; quería ser su Dios, para estar en todos sus lugares, poder tocarla y besarla sin que ella lo notara; quería ser su Dios y que ella fuese mi creación.

La muchachita volvió su mirada contra mi temor, me entregó unas monedas en las manos, las guardé en el bolsillo de mi pantalón y seguí mi camino; tomé un sorbo de la cerveza que refrescaba mi garganta reseca; seguí caminando, pues no tenía pensado quedarme en aquel pueblo. No tenía muchas posibilidades en mi vida y mis poemas seguían marchitos en el bolso que llevaba en la espalda. Había olvidado el libro de Bukowski en la tienda, pero no pensaba regresar; sentía miedo, un miedo a enamorarme y a las ganas tan brutales que me producía aquella jovencita. Bukowski se había quedado con aquella dama; estaría solo de ahora en adelante y tal vez ella no lo querría como yo lo había hecho; me pregunté si estaría adornando su cuarto en espera de mi regreso; inútilmente esperaría lo leyera, pero nadie lo haría, pues, en estos tiempos, a nadie le gusta leer.

Todo era preferible a volver; repudiaba ver rostros hermosos, pues los quería todos para mi satisfacción y eso es algo imposible, inútil, irrealizable. Seguí caminando por la carretera y entre más caminaba más me alejaba del pueblito. Carros veloces pasaban a mi lado y levantaban el polvo de esa estrecha carretera destapada; por momentos parecía perderme en esa polvareda; se me dificultaba respirar, pero los carros seguían pasando y levantando ferozmente el polvo; me sentía castigado por la vida, mientras caminaba en un mundo desconocido, lleno de cangrejos que deambulaban por todos lados, cangrejos perdidos en medio de un desierto de sombras y mentiras.



Eso pasó hace tres días y ahora estoy aquí contando esta historia, mientras matamos un poco el tiempo, mientras descansamos un poco; ¿sabe?, me duelen las manos; es la primera vez que trabajo en el campo y no es para nada fácil; repudio a los moscos y su costumbre de estar todo el tiempo en la cara queriendo picarme el cuello, las orejas y los brazos; tampoco me agrada el polvillo del monte, me hace estornudar demasiado; de todas maneras, le agradezco mucho que me tenga en su casa. Todo es mejor a tener que volver con mi esposa. Espero algún día ir a visitar la casa de esa hermosa muchachita del pueblo y, en cuanto a mi esposa, le llevare unos cuantos poemas, llenos de polvo y hojas muertas.

## ME QUEMARON LA TIERRA

—Mire, compadre, le voy a decir la verdad: yo maté a ese hombre, así que no se preocupe tanto. Yo lo hice, aunque creo que usted ya lo sabía; es más, creo que todo mundo lo sabe; era natural que yo lo matara, tenía mucha rabia ese día y no soportaba la idea de dejar vivo a ese paisano.

Es que, compadre, usted no sabe lo que sentí cuando vi que mi tierra se llenaba de candela, todo ardía en llamas; se me quemaron las vacas y el rancho, que tanto me había costado levantar; tenía hasta cultivos de café. Todo se quemó, por su maldita estupidez. Es que, dígame usted compadre, ¿quién es tan pendejo de prender candela al monte solo por el gusto de verlo arder? Eso a cualquiera le saca la rabia. Estaba furioso, fuera de mis cabales.

Cuando me dijeron que él les había prendido fuego a mis tierras, no lo pensé dos veces y me fui de una para su rancho; llevaba el revólver en las manos y, cuando lo encontré sentado en la cocina, le pegué los dos tiros en la cabeza.

No pudo decir nada, pero sentí cómo le temblaba el cuerpo cuando le apunté con el revólver. —Esta vez sí te pasaste, hijueputa, —le dije, y le disparé—. Ese señor no merecía otra cosa que la muerte, pues siempre nos había jodido la vida.

Compadre, yo no tengo miedo; sé que en cualquier momento vendrán los hermanos de ese tipo a matarme, pero ya no me importa; todo lo que tenía se me fue para el carajo. Primero, me quitó la mujer; luego, me robó dos vacas y ahora les había prendido fuego a mis tierras; ese señor me odiaba; yo le había aguantado muchas cosas, compadre, y ya era hora de matarlo. No me quedaba de otra, tenía que hacerlo; es que hay momentos en los que uno ya no piensa, solo actúa, y se deja llevar por la rabia. La verdad es que no siento culpa, me siento muy bien, como si me hubiera quitado una uña grande y sucia que me estorbaba para ponerme los zapatos.

Si tuviera que hacerlo otra vez, lo haría, sin dudarlo. Lo volvería a matar unas cuantas veces más; nunca me quiso y yo tampoco, pero me lo aguantaba; siempre guardaba distancia con ese paisano, pero ya no podía más, tenía que hacerlo y ojalá Dios me perdone y, si no lo hace, tampoco es que me importe mucho. Si Dios hubiera querido ayudarme, no debió dejar que me quemara la tierrita que yo tanto quería; usted sabe, compadre, cuánto quería a mis vacas y mis cultivos; todo quedó hecho polvo; el muy malvado aprovechó que ese día no estaba para hacerme tanto daño.

Mire, compadre, lo mejor será que se vaya; ellos no demoran en llegar y no quiero que a usted le pase nada. Yo los esperaré aquí, sentado; tengo el revólver cargado; es posible que me lleve a otros de sus hermanos al cementerio, pero de esta no me salvo.

Vaya tranquilo, compadre, no se preocupe por mí; yo estaré bien. Mañana, si le es posible, venga temprano y me lava la cara, que debe estar llena de sangre; no se vaya a asustar demasiado cuando me encuentre muerto; no piense que sufrí demasiado; sepa que he sufrido

mucho más estos últimos días, pero es que no quisiera que lleguen las demás personas a curiosear y me vean la cara llena de sangre seca.

A mí nunca me ha preocupado la muerte; eso de morir es normal, no nos queda ninguna otra salida. Yo viví cuanto me fue posible y no me arrepiento de ninguna cosa que hice; nunca se puede ser feliz en esta maldita vida, pero de verdad que intenté soportarla lo más que pude.

Tras unos minutos, en que su compadre se había retirado, oyó como los perros que tenía en la casa ladraban sin reparo. Afuera, sus enemigos lo estaban espiando para matarlo; venían con mucho cuidado, pero no sabían que también les esperaban un par de balas. El hombre siguió sentado con el revólver en la mesa y tampoco intentó recurrir a ningún subterfugio; solo esperó a que sus verdugos entraran. La puerta estaba sin pasador, solo era cuestión de tiempo para que la zumbaran y entraran disparando. Los perros combatían con sus gruñidos y ladridos. Se oyeron dos disparos y afuera todo quedó en silencio.

Un escalofrío le recorrió por todo el cuerpo. Se levantó de la mesa, tomó el revólver y salió de su casa; afuera hacía frío y el viento sacudía las ramas de los árboles; la luna estaba brillante y había varias sombras de personas ante él. Los perros estaban a un lado de donde se había parado; tenían de a un tiro en la cabeza.

Disparó con rabia a los lados, donde había visto las sombras; estaba cargado de rabia y su vida le importaba muy poco. Disparó y disparó hasta cuando descargó todas las balas. Un tiro vino del otro lado y llegó hasta su sien, se desmadejó y cayó encima de las patas de uno de los perros.

Las patas del perro se impregnaban de sangre mientras su casa ardía en llamas.

## PAPÁ RUBÉN

Le decían papá Rubén, porque había apadrinado a muchos hijos de vecinos, pero, la verdad, es que se llamaba Manuel Rubén López. Le gustaba leer; tenía muchos libros en una piecita de su casa; los guardaba en un baúl de madera con candado y a ninguna persona le permitía revisarlos, ni siquiera a su esposa, que era su única compañera; ni siquiera ella podía verlos ni leerlos.

Con sus hijos no se querían; casi nunca lo visitaban. Don Rubén se encerraba en su casa días enteros a leer; en sus últimos días, ni siquiera salía a trabajar. Su esposa se encargaba de buscar la comida para su casa, mientras que don Rubén se quedaba todo el día con sus libros encerrado en su piecita, que tenía una ventana grande, con puerticas que se podían abrir de par en par; desde afuera, la luz entraba de manera espléndida como para que papá Rubén pudiera leer tranquilamente. Estaba casi todo el día solo y no tenía complicaciones que lo perturbaran.

Lo que estoy contando me lo dijo doña Margarita, una señora de avanzada edad que yo conocí hace algún tiempo. Doña Margarita decía que don Rubén era una persona de carácter fuerte, de pocos amigos y bastante arrogante; a nadie visitaba; tampoco le gustaban las visitas en su casa. Nadie sabía cómo había conseguido tantos libros; era un misterio para todos saber de dónde había sacado esos libros, que nunca mostraba a nadie.

Vivía a una hora de la carretera principal, que conectaba los pueblos de El Peñol y El Tambo. Su casa quedaba a la mitad de una montaña muy grande, cerca de un lugar que llamaban Saraconcho, lugar muy conocido por los alrededores. Su casa estaba bastante retirada de las demás casas. Eso me contaba doña Margarita, quien parecía interesarse más por contarme del dichoso Saraconcho que de don Rubén. Pero lo que a mí me interesaba, en verdad, era saber lo que más se pudiera de don Rubén.

—Es que pónganse a pensar, a esa edad y a esos años, haber existido en este pueblo un señor al que le gustaba leer y que tenía muchos libros empastados..., libros que nadie, en estos días, tiene idea de donde pudieran estar. Ni siquiera sus nietos pueden darme una respuesta.

Nadie pudo responder dónde quedaron los libros de don Rubén; yo supongo que algunos libros se debieron perder por el tiempo. Margarita tenía la leve sospecha, o presagio, de que don Rubén, antes de morir, había enterrado sus libros en un lugar cerca a su casa; eso dice Margarita, pero, de todas maneras, sería casi imposible encontrarlos.

No hay forma de que hiciera huecos por todos lados en aquella tierra, donde solo queda un pequeño plan, donde años atrás estaba ubicada la casa de don Rubén, una casa de dos pisos, hecha de tapia.

Doña Margarita me había dejado la historia a medias; me dijo que era lo único que sabía de don Rubén. Ella era una mujer muy mayor; debía de tener entre 80 a 90 años, pero aún estaba

cuerda y sin problemas graves de salud. La edad no había arruinado aún sus sentidos y su memoria continuaba presa de la realidad.

Sentía que Margarita era una mujer que conocía más de la cuenta a don Rubén; algo me decía que también hubo un amor entre ellos; la forma en la que hablaba de él y el sentimiento con que me decía las cosas, me llevaban a pensarlo.

Seguía sentado en la habitación, muy cerca de su cama, en una pequeña silla de madera, una silla vieja que rechinaba cuando me movía. Margarita seguía recostada en su cama. Le pregunté si alguna vez había pasado algo entre don Rubén y ella; me respondió que sí, con total indiferencia.

—La realidad es que Rubén fue mi gran amor de juventud, —me dijo Margarita, con una voz entrecortada—. Lo quise demasiado, pero yo era muy joven para él. Lo quería mucho; es decir, lo idolatraba; me gustaba el hecho de que leía libros y sabía muchas cosas.

Contó que ella llegaba hasta la casa de don Rubén, donde este acostumbraba a contarle una que otra historia de sus libros; otras veces le recitaba poemas y, luego, los dos se sumergían en caricias, en un amor agresivo y lascivo, al mismo tiempo; después del romance, se marchaba a su casa y llevaba la leña que le mandaba su mamá a recoger dos veces en semana a la montaña, cerca de la casa de don Rubén.

Todo eso me conto Margarita, sin ninguna angustia; ella fue sincera y me dijo que era la primera vez que contaba esta historia.

—Yo, a Rubén, lo amaba, y me gustaba porque me leía cuentos, me recitaba poemas; a mí me gustaba, por eso me entregaba a él todo el tiempo. Lo quería, pero nunca le exigí que dejara a su esposa; me conformaba con ser su amante joven y bonita.

Mire a los ojos a Margarita y su cara estaba arrugada por los años. Su piel estaba caída y sus ojos, aunque eran muy claros, estaban rojos y lacrimosos por la edad. Los brazos tenían manchas y la piel se le pegaba a los huesos. De esa muchacha joven, amante de don Rubén, solo quedaba la memoria. Estaba vieja y faltaba poco para que muriera. El cabello blanco y escaso dejaba ver como habían pasado los años por su vida.

Cerré la libretica que tenía en la mano y guardé en mi chaqueta el lápiz que minutos antes mordía con inquietud. Me levanté y me despedí de ella. Margarita intentó levantarse y su almohada cayó al piso y, junto con ella, un librito de Luis Carlos López, muy antiguo. Lo levanté del piso, se lo entregué en las manos y me marché sin decirle nada.

## CALVARIO A CUESTAS

Estaba acostumbrado al campo, a la tierra húmeda y llena de mosquitos, a los árboles y las pequeñas quebradas que había por todos lados; era un lugar por donde casi nunca pasaban los carros.

Le gustaba ponerse las botas para trabajar en el día y tomar la chicha debajo de los árboles de pendo y romerillo. Le gustaba sembrar la tierra, le gustaba el sancocho con gallina criolla y las yucas cocinadas y comer las arepas de maíz que hacía su esposa. Le gustaba andar a caballo y tomarse un buen café, pero lo que más le gustaba eran las putas. Las quería siempre y en el campo no era fácil encontrarlas; viajaba con la satisfacción de encontrar esas mujercitas casi desnudas, con sonrisa pícaro, que lo sumergían en una rara felicidad. Tenía que salir hasta la ciudad para encontrarlas en los bares llenos de mujeres, que les sonreían a los demás hombres, sin tener preferencia por ninguno.

Eran las tres de la mañana y ya estaba levantado. Encendió la luz de afuera de la casa y abrió la puerta, quitó el candado de la cocina y entró; preparó algo de café, alistó todas las cosas, se despidió de su esposa y bajó por el angosto y oscuro camino. El carro, que lo llevaría a la ciudad, era una chiva, que madrugaba para llevar los productos al mercado.

Era de noche y, como todas las noches, se alojaba en una habitación sencilla de la ciudad, cerca del lugar de donde vendía sus productos. En la nocturna ciudad, fue a visitar el prostíbulo que siempre frecuentaba; eran varias las mujeres que se encontraban en el lugar y algunas ya lo conocían por la frecuencia de sus visitas. Era infaltable cada fin de semana.

Se sentó en una mesa, que estaba desocupada, y una bella dama se sentó junto a él. Después de unos minutos, se levantaron y se dirigieron a una de las habitaciones que tenían en el lugar. Varios minutos pasaron, hasta que salió sin voltear a ver a ningún lado, agachó la cabeza y siguió su camino. Salió a la calle y sintió una tristeza enorme por lo que acababa de hacer; sentía vergüenza y se sentía un miserable con su esposa, a pesar de que ella no estuviera en ese momento. Entró a la pequeña habitación donde pasaría la noche e intentó dormir.

El hombre regresó al campo, a su vereda y a su casa. Miró de nuevo a su mujer y sintió que todo había pasado. Nada de arrepentimientos, nada de vergüenzas ni tristezas. Todo volvería a la normalidad, de la que casi nunca salía.

Ahora, debería esperar unos cuantos días para sentirse miserable y con vergüenza otra vez. Ese era el calvario que tendría que recorrer nuestro Jesús auestas, durante gran parte de su vida.

Mientras su cuerpo aun le respondiera y las putas aun le sonrieran, y la vergüenza le retornara cada fin de semana, él volvería cada vez a ser feliz y desdichado entre las piernas y los senos bellos de una casquivana.